

Juan Goytisolo

Campos de Níjar



El paisaje de los campos de Níjar se aparece a Goytisolo como una imagen inaudita, de una desnudez violenta, totalmente diferente a todo lo visto por él en Europa. Frente a la opinión más común, incluso entre la gente que lo habita, el novelista es capaz de apreciar la belleza de la tierra que lo rodea, si bien había llegado a ella ya seducido por las descripciones que había escuchado de los inmigrantes y, sobre todo, de los soldados almerienses que había conocido durante su servicio militar.

Y ocupando ese paisaje, los niños desnudos o vestidos miserablemente, los adultos, envejecidos prematuramente, condenados a una vida paupérrima o a la emigración, las evidencias del abandono de un pueblo a su suerte y del peor de los expolios: el expolio humano. Juan Goytisolo documenta todo ello a lo largo del libro desde la perspectiva de un reportero, prestando también un especial interés al lenguaje utilizado por las gentes del país. Sólo al final de la obra la voz del narrador abandona todo esfuerzo por mantener la objetividad para mostrar su disconformidad con las injusticias de las que ha sido testigo.



Juan Goytisolo

Campos de Níjar

ePub r1.0

Titivillus 17.05.17

Juan Goytisolo, 1960

Fotografías: Vicente Aranda

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





Conocía el panorama de la Alcazaba sobre el barrio de La Chanca: sus moradores encalan públicamente la entrada de las cuevas y, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó.

Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería, viniendo por la nacional 340, la primera vez que la visité, hace ya algunos años. Había dejado atrás Puerto Lumbreras —con los tenderetes del mercado en medio de la rambla— y el valle del Almanzora, Huércal Overa, Vera, Cuevas, Los Gallardos. Desde un recodo de la cuneta había contemplado las increíbles casas de Sorbas suspendidas sobre el abismo. Después, cociéndose al sol, las sierras ásperas, cinceladas a golpe de martillo, de la zona de Tabernas, corroídas por la erosión y como lunares. La carretera serpentea entre horcajos y barrancos, bordeando el cauce de un río seco. En vano había buscado la sombra de un arbusto, la huella de un miserable agave. En aquel universo exclusivamente mineral la calina inventaba espirales de

celofán finísimo. Guardo clara memoria de mi primer descenso hacia Rioja y Benahadux: del verdor de los naranjos, la cresta empenachada de las palmeras, el agua aprovechada hasta la avaricia. Me había parecido entonces que allí la tierra se humanizaba un poco y, hasta mucho después, no advertí que me engañaba. Anunciada por un rosario de cuevas horadadas en el flanco de la montaña —«capital del esparto, mocos y legañas», como dicen irónicamente los habitantes de las provincias vecinas—, Almería se extiende al pie de una asolada paramera cuyos pliegues imitan, desde lejos, el oleaje de un mar petrificado y albarizo.

Cuando fui la última vez, la ciudad me era ya familiar y apenas paré en ella el tiempo preciso para informarme del horario de los autocares. Conocía el panorama de la Alcazaba sobre el barrio de La Chanca: sus moradores encalan púdicamente la entrada de las cuevas y, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó, azules, ocres, rosas, amarillos y blancos. También había trepado al cerro de San Cristóbal para atalayar el puerto desde las gradas del Vía Crucis: una patulea de arrapiezos juega y se ensucia entre los pasos y el aliento de la ciudad sube hasta uno como el jadeo de un animal cansado. Almería carece de vida nocturna y, en mis estancias anteriores, haciendo de tripas corazón, había recorrido temprano sus calles. Me apresuraré a decir que no lo lamento en absoluto. El espectáculo merece el sacrificio: el mercado de Puerta Purchena, con sus gitanos y charlatanes, obsequiosos y vocingleros; los somnolientos coches de punto a la espera de cliente; los emigrados marroquíes meditando a la sombra de los ficus, valen cumplidamente el viaje. Almería es ciudad única, medio insular, medio africana. A través de sus hombres y mujeres que fueron a buscar trabajo y pan a Cataluña —y a realizar los trabajos más duros, dicho sea de paso—, la quería sin conocerla aún. La patria chica puede ser elegida: desde que la conozco, salvando centenares de kilómetros, le rindo visita todos los años.

En los mismos suburbios de la ciudad, camino de Murcia, torciendo a la derecha de la nacional 340, una carretera comarcal une Almería con las zonas montañosas y desérticas de Níjar y Sierra de Gata. Otras veces, durante mis breves incursiones por el corazón de la provincia, había prometido recorrer con alguna calma este olvidado rincón de nuestro suelo, rincón que sonaba familiarmente en mis oídos gracias a la aburrida lista de cabos importantes aprendida en el colegio bajo el imperio de la regla y el temor de los castigos: «Sacratif, en Granada. Gata, en Almería. Palos, en Murcia. La Nao, San Antonio y San Martín, en Alicante...». Cuando llegué a la central de autobuses, el coche acababa de irse. Como faltaban dos horas para el próximo, dejé el equipaje en consigna y salí a cantonear. Las calles bullían de regatones, feriantes, vendedores de helados que solfeaban a gritos la mercancía. Otros, más modestos, aguardaban al cliente en la acera, con sus cestos de cañaduz e higos chumbos. Lucía el sol y las mujeres escobaban delante de las casas. El cielo empañado, sin nubes, anunciaba un día caluroso.

Después del invierno gris del Norte, me sentía bien en medio de aquel bullicio. Recuerdo que, al cruzar el puente, pasaron dos simones con muchachas ataviadas de típica señorita española. Conscientes de la curiosidad que promovían, se esforzaban en encamar dignamente las virtudes características de la raza: garbo, empaque, gracia, donosura. Un hombre las piroleó con voz ronca. Luego desfilaron otros coches de punto con caballeros en levita, militares, un niño con tirabuzones, un cura. Alguien dijo que celebraban un bautizo.

Los curiosos prosiguieron su camino y entré en un bar tras dos hombres que se habían asomado a mirar. No se me despintan de la memoria, negros, cenceños, con sus chalecos oscuros, sombreros de ala vuelta hacia arriba y camisas abotonadas hasta el cuello. Parecían dos pajarracos montaraces y hablaban mascujando las palabras.

—¡Qué mujeres!

—España es el mejó país del mundo.

—No tendrá el adelanto de otras naciones, pero pa vivir...

—Caray, que no lo cambiaba yo por ninguno.

Al reparar en el brillo anormal de sus ojos comprendí que andaban bebidos. El dueño me trajo un café y se acercaron a pegar la hebra. Querían saber quién era, de dónde venía, qué hacía por allí. Aunque les contestaba con monosílabos, me invitaron a chatear.

—No puedo —dije. Y miré el reloj.

—¿No?

—Mi autobús sale dentro de unos minutos.

El tiempo había pasado sin darme cuenta y continué hacia la carretera de Murcia por el camino de la estación.

— II —



Un grupo de mujeres, ataviadas como las mojaqueras, lavan la ropa en la fuente, a la sombra de los eucaliptos.

Tres autobuses diarios cubren los nueve kilómetros de trayecto Almería-El Alquíán. La carretera está alquitranada hasta Níjar y, a la salida de la ciudad, una bifurcación paralela a la nacional 340 lleva a los baños de Sierra Alhamilla, en cuyo balneario, actualmente derruido, acostumbraban a reposar sus fatigas los ricos ociosos de la capital. El autocar toma el camino de Níjar dejando atrás las últimas casuchas del suburbio almeriense. Mi vecino es hombre de una cuarentena de años, moreno y enjuto. Cuando le ofrezco de fumar me pregunta si soy extranjero. Le respondo que soy de Barcelona y pronuncia unas palabras en catalán.

—He trabajado allí casi diez años —dice—. En Hospitalet, Barcelona, Tarrasa... Aquello sí que es vía. Ojalá que nunca me hubiera marchao.

A la mujer no le sentaba bien el clima y cometió la estupidez de volver. Ahora, con cuatro hijos y otro en camino, no puede tentar la suerte como antes.

—Aquí uno se hace viejo en seguida, y luego, la familia que le amarra...

Mientras se desahoga contra el destino, contemplo el paisaje por la ventanilla. Una llanura ocre se extiende hasta el golfo de Almería, salpicada de tanto en tanto por el verde de alguna higuera. El suelo está agrietado y lleno de cantizales. El mar cabrillea a lo lejos.

—Fíjese usted.

Mi vecino enseña una huerta cercada con bardas. Dentro, alineados en caballones y encañados cuidadosamente, hay bancales de judías, tomates, berenjenas, pimientos.

—Son magníficos, ¿no?

Digo que sí, que son magníficos.

—Pa sacá algo de esta tierra se necesita tené la cartera bien forrá. El suelo es pedregoso y hay que traerlo tó, el agua, el abono, la arena...

—¿Arena?

—Pa guardá el caló. Las verduras crecen más aprisa y llegan al mercao antes que d'ordinario. Es un método de las Canarias que aplican por la parte de La Rápita. Aquí, cuando lo empleó el amo del Temprana, tol mundo decía que se iba a cogé los déos, pero el tío se embolsilló arriba de los cincuenta mil duros a la primera cosecha.

El paisaje es una auténtica solana. Numerosas ramblas atraviesan el llano hacia el mar. El autobús baja y sube por los badenes.

—¿Ve aquel cercao?

Mi vecino señala un muro de dos metros de altura, cuadrado como el de un cementerio. El sol reverbera sobre la

pared enjalbegada y una cabra con las ubres hinchadas mordisquea las palas de una chumbera.

—Es una huerta experimenté. La acabaron hace un par de meses.

La novedad, dice, radica en el sistema de irrigación. Bajo el suelo del tempranal hay una cisterna cubierta por una rejilla metálica. Encima, dos palmos de tierra abonada y una capa de arena. Así se evita la evaporación, intensísima en aquella zona. A través de la rejilla metálica la planta hunde sus raíces en el agua.

Entramos en El Alquíán. Su aspecto me recuerda, sin saber por qué, el de algunos caseríos del delta del Ebro. La arquitectura es caótica y el autocar sufre el asalto de una nube de niños. Me despido del hombre y, bajo la solina, continúo a pie, por la acera. Las mujeres cominean a la sombra de los portales y unos mozos se divierten enseñando la instrucción al bobo del pueblo. Es un hombrecillo barbudo, de labios caídos y orejas en forma de asa. Su mosquetón es una vara de fresno y, al obedecer las voces de mando de los jayanes, gesticula y saca la lengua.

La carretera está, por fortuna, arbolada. A la salida de El Alquíán, en medio de un bosque de eucaliptos, se alza la mole inacabada de la Escuela Sindical para Hijos de Pescadores. A mi regreso a Almería el chófer del autobús me explicó que está así desde hace más de diez años. Los créditos se agotaron a mitad de la obra y el viajero puede mirar el paisaje a través de la andana de huecos del edificio.

Un centenar de metros más lejos, los cortijos comienzan a espaciarse. Alas huertas embardadas suceden los alijares y las ramblas arenosas y desérticas. La vegetación se reduce a su expresión más mínima: chumberas, pitas, algún que otro olivo retorcido y enano. A la derecha, la llanura se extiende hasta los médanos del golfo, difuminada por la calina. Los atajos rastrean el pedregal y se pierden entre las zarzas y matorrales, chamuscados y espinosos. Las nubes coronan las sierras del

Cabo de Gata. En el horizonte, el mar es sólo una franja de plomo derretido.

A la izquierda, las cordilleras parecen de cartón. Un camino sinuoso repecha a los poblados de Cuevas de los Úbedas y Cuevas de los Medinas. Antiguos centros mineros, sobrevivientes de la gran crisis de principios de siglo, se incrustan en el flanco de la montaña como dos nidos de buitre. Allí, los camiones acarrean el mineral hasta Almería, donde es embarcado, para su fundición, hacia los puertos de Alemania, Francia o Inglaterra.

Siguiendo la carretera de Níjar hay unas fincas del Patrimonio Forestal del Estado, con pitas y henequenes. Sembrados en lino sobre inmensas hazas de tierra ocre, rebasan apenas el palmo de altura. El sol los reseca hasta agostarlos. Desde el eucalipto bajo el que los contemplo parecen estrellas de mar, tentaculares y retorcidas. El Instituto Nacional de Colonización ha dado gran impulso a su cultivo: sus hojas, como las pencas de las chumberas, se emplean en la fabricación de fibras textiles.

Junto al henequén y el nopal, el viajero encuentra otra planta adaptada, como ellos, a la falta de agua: el guayule. Pequeño, de un verde descolorido, se alinea hasta desaparecer, entre las lomas y amelgas del arado, prisionera de un ondulado mar de arcilla. Con vistas a la obtención de caucho, el Instituto inició hace tiempo su cultivo en el triángulo Níjar-Rodalquilar-Gata. A juzgar por la opinión de quienes he interrogado, no parece que, hasta ahora, el éxito haya recompensado sus esfuerzos.

Los eucaliptos de la carretera se espacian peligrosamente, pero, antes de entrar de lleno en el solejar, un camión se detiene a mis señales. El chófer me pregunta adónde voy y le respondo de igual manera.

—A Rodalquílá —dice, después de una pausa.

—Bueno. Iré con usted.

El hombre me invita a sentarme a su lado y el camión arranca con estrépito. Yo celebro en silencio mi buena estrella, pues el autostop, en la región, cada día se hace más raro. Fuera de los escasos coches de turismo extranjero, ni los automovilistas ni los camioneros —antes, proverbialmente acogedores— quieren pararse. La guardia civil da el alto cada vez que descubre a un polizón e impone multas de cinco y diez duros por infringir las leyes del tráfico.

El chófer que me ha cogido es joven y acepta el cigarrillo que le tiendo. Me explica que la víspera, al terminar la jornada, aceptó un servicio en Motril y no ha pegado ojo en toda la noche.

—Tengo miedo de dormirme, si ando solo. Así, hablando con usted, me distraigo.

También él me pregunta de dónde vengo, y al pronunciar el nombre de Barcelona se humedece los labios con la lengua. Cataluña es el paraíso soñado por todos los hombres y mujeres de Almería, una especie de legendario y remoto Eldorado. Mi compañero se interesa por las condiciones de alojamiento y trabajo y nombra media docena de amigos residentes en Barcelona, con la esperanza de que sepa de alguno.

—¿Y Paco González, uno con una cicatriz? Descargaba carbón en el puerto.

Digo que no, que no he tenido ocasión de conocer a Paco González y parece decepcionado.

—Se ha casado con una catalana. Si quiere puedo darle sus señas. Dígale que viene de parte del Sanlúcar. Se llevará un alegrón.

Cruzamos una serranía desierta. La carretera serpentea a trechos, pero está bien peraltada. En mitad de la paramera, los muros derruidos de una casucha recogen —y es un aldabonazo en todas las conciencias— la dramática invocación del paisaje: «más árboles, más agua». Consigna, asimismo, del Instituto Nacional de Colonización, la verá escrita, a lo largo de trochas

y caminos, en pajares, casas, barracones y balates. Los árboles que atraerán la lluvia necesitan, para crecer, el concurso del agua. En Almería no hay arbolado porque no llueve y no llueve porque no hay arbolado. Sólo el esfuerzo tenaz de ingenieros y técnicos y la generosa aportación de capitales podrán romper un día el círculo vicioso y ofrendar a esa tierra desmerecida un futuro con agua y con árboles.

El camión abandona la carretera alquitranada de Níjar y se interna por la de Rodalquilar: guayules, henequenes, chumbares y, también, pequeños retales de cebada mustia y amarillenta. Aprieta el calor y el Sanlúcar cabecea sobre el volante.

—Trabajo pa dos empresas distintas, sabe usted...

—¿Cuándo descansa?

—A ratos perdíos. Y cuando hay fiesta. Mi novia casi no me ve. El otro domingo me pasé la tarde roncando.

Atravesamos unos campos de avena entreverados de amapolas y de unas florecitas amarillas que llaman aquí vinagreras. El camión sube la cuesta renqueando y, de improviso, divisamos dos poblados morunos, separados por un río seco. El más cercano a nosotros se llama Rambla Morales. Atado a la puerta del estanco, un cerdo hoza la tierra del borde de la carretera. Bajamos el badén y el Sanlúcar frena al llegar a la Rambla. Un grupo de mujeres, ataviadas como las mojaqueras, lavan la ropa en la fuente, a la sombra de los eucaliptos. Mi compañero se acerca a una y le entrega una carta.



Las casas de El Barranquete son rectangulares, con ventanucos cuadrados y cúpulas.

Yo me he apeado también y, desde el arenal, contemplo el segundo poblado. Las casas de El Barranquete son rectangulares, con ventanucos cuadrados y cúpulas. De lejos recuerdan las caperuzas de los *trulli* de la campiña de Ostuni y Martina-Franca en el sur de Italia, pero aquí los casquetes son únicos. Entre las pitas y nopales, los muros enjalbegados reverberan al sol. Unos niños medio desnudos juegan con la arena y al badén se asoma una chiquilla montada sobre un asno. Sanlúcar ha regresado al camión, se detiene a mi lado y mira las casas blancas del pueblucho.

—Parece África, ¿verdad? —dice leyéndome el pensamiento.

Subimos a la cabina y, sin añadir palabra, pone en marcha el motor. El sol que se encarniza sobre nosotros no favorece el cambio de impresiones y siento deseos de tumbarme a la fresca y descabezar un sueñecillo.

El camión trepa el repecho con dificultad. Las alas del radiador humean. La tierra es de color ocre tirando a rojo. Un peón caminero quita la arena de una tajea y el Sanlúcar saca la cabeza por la ventanilla y le hace adiós con la mano.

—Es el Tigre, un pedazo de pan. Le gusta demasiado empiná el codo y ahí lo tié usté, penando de sol a sol por quince pesetas.

Yo observo que la carretera está en buen estado, allanada, con su chispa de peralte en las curvas. Las pitas alternan con los nopales. Sobre las albarradas, en los muros de las casuchas en ruinas, se repiten las inscripciones en pintura y alquitrán que me acompañan desde Almería,

FRANCO

FRANCO

FRANCO

Como permanezco silencioso, el Sanlúcar se apresura a informarme que Su Excelencia el Jefe del Estado visitó la mina de oro de Rodalquilar durante su triunfal recorrido por la provincia.

—¿La mina de oro?

—Ya la verá usté si nos dejan pasá. Es la única que hay en España.

Los cortijos se suceden con sus aljibes. En el campo de Níjar los pozos tienen la espadaña cubierta por una especie de casquete esférico blanco y ventanado. Una mujer saca agua de uno y corre el cerrojo de la puerta.

El camión deja atrás Los Nietos y Albaricoques. Son caseríos de una docena de casuchas, agrestes y solitarios. Veo cabras, gallinas, borricos, cerdos. Las tierras, ahora, son casi rojas. La cebada medra fácilmente en ellas y el paisaje se enriquece de nuevos tonos: verdehiguera y verdealmendro, rucio, albazano.

De pronto, el Sanlúcar me da un tirón de la manga y ordena:

—Agáchese.

Obedezco sin comprender bien qué ocurre, con la cabeza junto al cambio de marchas y la vista fija en las cintas de color de sus esparteñas. Al cabo de una treintena de segundos me hace señal de incorporarme.

—¿Qué pasa?

—Los civiles. Creo que no le han visto.

Arriesgo una mirada por el ventanillo de detrás y los veo, en efecto, cada vez más chicos, envueltos en una nube de polvo, con los tricornios charolados y el mosquetón en bandolera.

El incidente ha puesto de buen humor al Sanlúcar y sonrío y se frota las manos.

—Ya estamos cerca de la mina. Si el portero de turno es un lucaineno que conozco nos dejará entrá. Si no, tendremos que dá la vuelta.

Me explica que para ir a Rodalquilar hay dos carreteras: una, propiedad de la ADARO, la compañía explotadora de la mina, y otra, comarcal, que es la que emplean los autocares que van al pueblo. Pregunto cuál es mejor.

—La de la mina —dice—. ¡Vaya diferencia!

El camión se adentra por un alfoz. Nos cruzamos con un turismo de gran lujo y el Sanlúcar maniobra para esquivarlo. Las montañas multiplican el eco de las boinas. El sol no llega hasta nosotros y lo veo brillar en lo alto, entre los riscales.

Poco después la carretera se desdobla y tomamos la de la ADARO. El poste de una barrera intercepta el camino como en un puesto fronterizo o paso a nivel. Un hombre rubio, con camisa de cuadros, sale de la garita de vigilancia. Frenamos.

—Salú. Buenos días.

El lucaineno se encarama al estribo y estrecha la mano del Sanlúcar. Durante unos momentos permanecen quietos, mirándose.

—Ya ves. Trabajando.

—Nosotros trabajando siempre.

—Es la vía.

—Sí, la vía.

Mi compañero le pregunta por su cuñado. El lucaineno responde que va mejor.

—¿Le indemnizaron?

—Dicen que el mes que viene.

El lucaineno tiene la cara grande, ruda y los ojos azules, muy claros. Nos despide con el brazo y levanta el poste de la barrera.

—Adiós, hasta otra —grita el Sanlúcar.

La carretera se desboca cuesta abajo. Es una pista ancha, apisonada con esmero, por donde tres camiones pueden pasar cómodamente sin rozarse. El viajero tiene la impresión de recorrer una zona desértica, como las que se ven en las películas de vaqueros del oeste americano. En la linde del camino alguien ha escrito sobre una peña: «a holivud dos quilómetros». Un camión sube a buena marcha levantando nubes de polvo. El silencio es agobiante. Contemplo las sierras pardas, desnudas. Aquí y allá unas manchas amarillentas señalan las bocas de la mina. En el valle hay casuchas en ruinas y un depósito circular abandonado.

La carretera se ciñe al borde del barranco y, a la vuelta de una curva, se asoma sobre los lavaderos de la empresa y el pueblo de Rodalquilar. Escalonados en la pendiente de la montaña varios depósitos brillan al sol, intensamente rojos. Allí se decanta y lava el cuarzo aurífero que los camiones acarrearán en la mina, antes de pasar a los secaderos. Al pie de los estanques la ganga ha invadido el valle y forma un extenso lodazal resquebrajado y amarillo. Rodalquilar queda a la derecha, confortablemente asentado en el llano.

Es un pueblo pequeño, asimétrico y, en apariencia, sin centro de gravedad. Las calles no están urbanizadas y el camión avanza por ellas dando tumbos. Las casas son chatas, feas. El Sanlúcar frena a la puerta de una y dice:

—Bueno. Ya hemos llegao.

Deben ser alrededor de las dos y el estómago empieza a cosquillearme. Invito al Sanlúcar a la fonda, pero no acepta.

—No, vaya usté. Yo tengo faena. Si acaso, luego me descolgaré a tomá un chatico.

Yo le doy las gracias por su hospitalidad.

—La fonda la encontrará al otro lao del arroyo. Allá donde vea unos eucaliptos.

El pueblo está desierto a causa del sol. La iglesia, la escuela y la casa-cuartel de los civiles son edificios de construcción reciente, pobres y sin carácter. Atravieso un arroyo seco y, en la otra orilla, doy en seguida con la fonda.

Viniendo de fuera, la retina se adapta con dificultad a la penumbra. Puertas y ventanas tienen las persianas corridas y, a cubierto del sol, la temperatura es agradable.

El recién llegado se sienta a un extremo de la mesa familiar y da los buenos días a los comensales, tres hombres vestidos de azul mahón y dos muchachas de buen ver, algo entradillas en carnes, que parecen forasteras. Hay intercambio de saludos y el mozo se asoma a tomar los encargos.

Mientras pone el cubierto me entretengo mirando el comedor: es una habitación grande, destartalada, con las paredes desconchadas y desnudas y suelo de mosaico que pande. Luego, el chico sirve el café a las señoritas y uno de los hombres amaga quitárselo de las manos. Las muchachas ríen y su risa me pone de buen humor. A la más bajita se le forman dos hoyuelos en la cara y sus ojos brillan con inocente malicia. La otra tiene la piel más blanca y lleva el pelo recogido en moño. Parece una fallera de Valencia.

El mozo trae un plato de bacalao con garbanzos y medio litro de vino. A diferencia del gaditano o malagueño, el almeriense es poco aficionado a la bebida. La culpa se la echo yo a los caldos del país, por lo general muy medianejos^[1]. El que bebo ahora —vinagrón y algo repuntado— difiere apenas del desbravado y zurraposo de Garrucha. Sin poderlo evitar, me acuerdo con nostalgia del tinto de Jumilla, que se encuentra a cien kilómetros al norte, ligero, seco y deliciosamente áspero.

—Adiós. Buen provecho.

Las muchachas se levantan y caminan hacia la puerta. Vestidas a la moda de la ciudad, me pregunto si habrán venido al pueblo como yo, de visita, o serán familiares de algún ingeniero. Mi vecino —uno de los tres hombres de azul mahón— ha seguido la dirección de mi mirada y me saca de dudas.

—Son las maestras.

Yo quiero saber cuánto tiempo hace que están en Rodalquilar, y si tienen familia...

—¿No las ha visto comé? Viven solas. Aquí somos tós unos paletos y nadie se atreve a hablarles. Pobres muchachas.

Sus compañeros tercián en la conversación. A las maestras las obligan a pasar una temporada en los pueblos antes de ir a la capital. Las que son ricas se amañan pagando a una sustitúa, pero las otras han de enterrarse allí varios años por una verdadera miseria.

—Cuando se dan cuenta son solteronas y ya no encuentran a nadie que las salga.

—Y no se vaya usted a créé que dan el puesto a cualquiera. Pa ganá el título se necesita mucho estudio.

—La más pequeña dijo el otro día que estuvo bregando seis años...

El mozo me sirve un par de huevos fritos anegados en aceite. Los hombres están ahora en el café. Mi vecino lo sorbe

lentamente y dice:

—¿Es usted corredor de tejidos? —sin darme tiempo de contestar, añade—: Perdonará la indiscreción, pero me han dicho que esta mañana vino uno desde Almería.

—No, no soy yo.

—Pero es usted forastero, ¿verdad?

—Sí.

—Por eso. Yo no le tenía nunca visto. Aquí, los cuatro gatos que somos nos conocemos todos la cara...

El más joven del grupo lleva la boina hacia atrás y se acaricia la mecha de pelo que le cae por la frente.

—¿Ha venido usted en el autocar?

—No, en un camión.

—Pues ha tenido usted suerte. No todo el mundo se arriesga. Con las multas...

Digo que sí, que he tenido suerte y, olvidándose de mí, los tres hombres intercambian confidencias en voz baja: la silicosis de Edelberto, el trabajo en la mina, lo ocurrido con Emiliano. El mozo me sirve el café, pasa el tiempo y les oigo hablar todavía de Cándido, de José, de Vitorino...

—Y nosotros, aún, no podemos quejarnos.

—No, no podemos.

—Porque los suplentes...

—Porque los picapedreros...

Yo paladeo el líquido amargo de la taza mientras ellos prosiguen con sus susurros. De vez en cuando se interrumpen y los ojos les brillan. El de la boina murmura algo a la oreja de mi vecino.

—Ese día...

—Ah, ese día...

Luego se levantan y pagan la cuenta al pequeño. Al salir, se despiden con una inclinación de cabeza. El de la boina me alarga la mano.

—Adiós. Buen viaje.

Cuando se van, pido también la cuenta. Calculo que deben ser más de las tres y enciendo un cigarrillo con la colilla de otro. Miro las sillas vacías de los hombres y las muchachas y me digo que es hora de ponerme otra vez en camino. Alguien empuja la persiana de la puerta, pero no es el Sanlúcar. El chico vuelve de la cocina y dice simplemente:

—Son dieciséis pesetas.

— III —

Fuera, el sol continúa encampanado en el cénit y me dirijo hacia la comarcal. El pueblo empieza a desperezarse, después del sopor de la siesta. Tropiezo con mujeres, viejos, chiquillos. El cura está de tertulia con los civiles. Un coro de voces infantiles salmodia una oración en la escuela.

—Perdóneme. ¿Es usted catalán?

El que me hace la pregunta es hombre de cuarenta y tantos años, grande, de pelo negro.

—Sí.

—Soy un amigo del Sanlúcar. Me ha dicho que estaba usted en la fonda.

—Acabo de salir.

—Le he visto pasá por delante de la capilla y en seguida he pensao que era usted.

El hombre tiene la risa franca, abierta. Lleva las mangas de la camisa remangadas y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿De viaje?

—Sí, señor.

—El Sanlúcar me ha dicho que iba usted a Níjar.

—Hacia allí tenía intención de ir.

—Pues aguarde usted una media horita y le llevamos.

Me señala los lavaderos de oro y dice:

—Los sábaos terminamos antes.

—¿Trabaja usted en la mina?

—En la mina mina, no: para la empresa. Soy chófer de uno de los camiones.

Me lleva por un camino de carro. En lo alto de la curva, a un centenar de metros de nosotros, hay un grupo de hombres sentados al borde de la cuneta.

—Pué ir usté con ellos, en la caja.

—¿Van a Níjar?

—No. La mayor parte son d'Agua Amarga y Fernán Pérez. Pero paramos en Los Pipaces.

—¿Dónde queda?

—Ná... A cuatro kilómetros del pueblo.

Hemos llegado junto a los hombres y nos sentamos en el carro. Son ocho o nueve, sucios y mal afeitados, con las camisas raídas y los pantalones llenos de remiendos. Uno asoma los dedos de los pies por la punta de las alpargatas; otro se ciñe el pantalón con una cuerda. El sol da todavía duro y llevan los sombreros de paja echados sobre la frente. Casi todos tienen morral o talego. Mi vecino va con una tartera envuelta en un pañuelo granate.

El chófer explica que vengo de Barcelona y siento sus ojillos fijos en mí. Los catalanes somos un poco los americanos de aquellas tierras. En Almería todo el mundo tiene algún conocido o pariente por Badalona o Tarrasa.

—¿Y trabaja usté ahora allí? —pregunta uno.

Digo que sí, para no complicar las cosas.

—Debe de tené usté familia por esta parte, claro.

—No. La dejé en Cataluña.

—No habrá venío usté aquí por gusto, digo yo.

Les explico que tenía diez días libres y me he tomado unas vacaciones.

—¡Anda! ¡Qué idea! —dice el de la cuerda—. ¡Vení aquí desde Barcelona!

Sus camaradas participan también de su asombro y ríen y se tientan como chiquillos.

—Largarse de Barcelona, tú... Con lo a gusto que estaría yo allí.

—Ojalá que estuviera yo en su sitio y usted en el mío...

—Si viviera en Cataluña es que no me asomaría yo por Almería, vamos, ni que me mataran...

Uno de grandes mostachos se humedece los labios con la lengua.

—Yo estuve una vez al acabá la mili —dice—. ¡Qué mujeres!

El hombre quiere contar sus aventuras, pero mi vecino le interrumpe.

—Anda, achántala. Que a ti, ni las monas del parque te hacen caso.

—¿Que no me hacen caso, dices?

—Caso, sí señó. Con tu pinta... Si parece que vengas de la selva...

Hago correr mi paquete de Ideales y todos celebran el incidente con risas. Tienen el rostro noble aquellos hombres. Una dignidad que transparenta bajo la barba de dos días y los vestidos miserables y desgarrados.

—Mira. Ya vienen.

Cinco obreros se descuelgan a trancos por la ladera del monte. El chófer se pone de pie y grita:

—¡Hala, arreando!... Me vais hacé llegá tarde al cine...

—¿Cine, en tu pueblo?

—Han venío unos de Murcia con el portátil.

—¿Y qué película echan?

—Una, no lo sé... Pa mí son iguales toas.

El de los bigotes dice que, antes de la guerra, sí que daban películas.

—En Valencia vi una, aquello era cine... Las de ahora parecen la misma siempre...

El camión está al pie del talud y trepamos a la caja. Yo me acucillo en medio, pero el de la cuerda me reserva un hueco a su lado.

—Siéntese aquí. Hace menos viento.

El chófer pone el motor en marcha y el paisaje se desliza a nuestros pies. Vamos apretados como sardinas y, desafiando el polvo y el calor, dos de los recién venidos arrancan a cantar por soleares.

En el camino hay obreros con taleguillos y sombreros de paja. La carretera comarcal está plagada de baches y el camión traquetea. Señalo los hombres al de la cuerda y pregunto cuántos son en la mina.

—Uy, muchos —dice—. A lo menos quinientos.

Cuando el sol se esconde momentáneamente tras los riscos parece que se respira mejor. El vaivén de la caja, unido a la confusión de voces y canciones, arma una endemoniada algarabía. Es preciso entenderse por medio de signos o haciendo bocina en la oreja.

—... ¿Qué?

—Que si baja usted en Los Pipaces.

—Sí.

—Aquellos tres del rincón se apean también.

El camión no es viejo como el del Sanlúcar. Al cabo de pocos minutos hemos dejado atrás la concesión de la ADARO y avanzamos por la llanura, a buena marcha. Reconozco los cortijos y campos de cebada de laida, pero ahora los colores son diferentes.

De pronto, viramos a la derecha. El de la cuerda me explica a gritos que trochamos por Los Nietos en vez de dar la vuelta por la carretera de Níjar. La pista es mala, pero se ahorra un buen cacho de trayecto.

El camión atraviesa un arroyo de piedras. Subimos la cuesta y, arriba, el paisaje es casi lunar. Alberos, páramos y canchales se suceden hasta perderse de vista en el horizonte. El suelo está cubierto de esquirlas. En verano las piedras retienen el calor y cuecen hasta agrietarse. En varios kilómetros a la redonda no se divisa un solo árbol.

—¡Mire!

El de la cuerda me muestra un lagarto de más de medio metro. Está inmóvil en la linde del camino y no parece inquietarse por nuestro paso.

—Si paráramos un momento, lo cazaba. La gente de por aquí se los come.

Yo le digo que en algunos pueblos de Cataluña, los payeses los suelen tomar asados.

—Nosotros los guisamos con tomate y una pizca de ajo y perejil. Son sabrosísimos.

La carretera culebrea entre los espolones de la sierra y el chófer hace sonar el claxon. La ilusión del sábado es contagiosa, la mayor parte de los hombres cantan. Sus tonadas, no obstante, recuerdan muy poco a las que se oyen en otras regiones de Andalucía. La letrilla es melancólica, una especie de lamento minero próximo a la taranta. La que ahora escucho habla de soledad y abandono, evoca amores tristes y amargas despedidas, es áspera y encoge el ánimo.

La voz de un chico rubio cubre poco a poco la de los otros. A pesar del ruido del camión, percibo la letra. Cuando acaba pregunto de dónde es a mi vecino.

—De por aquí. Creo que para en Agua Amarga.

—Tiene muy buena voz.

—Debería habé oído usted la de un chavá que trabajaba con nosotros, uno que decimos el Lucas. Era un campeón. Fandangos, serranas, tientos, tó lo que quiera usted. En mi vía he escuchao ná pareció.

—¿Dónde está?

—Ése se fue a Francia pero tuvo mala suerte. Al revisarle vieron que tenía la silicosis y lo mandaron otra vez p'aquí. Y, como había dejao la mina, la empresa no quiso indemnizarle. Ahora, no sé dónde debe pará... Me dijeron que se había largao del pueblo.



La vegetación es escueta:
higueras enanas,
zarzales, alguna pita.
Encima de nosotros el
cielo permanece azul,
inalterable.

A medida que el sol se acerca a la cresta de las montañas, el paisaje se tinte de rubio. El camión baja y sube por los badenes y, de vez en cuando, hace una asomada sobre el llano. Cruzamos otro arroyo pedregoso. La vegetación es escueta:

higueras enanas, zarzales, alguna pita. Encima de nosotros el cielo permanece azul, inalterable.

Un kilómetro más y estamos en el campo de Níjar. La nava es extensa, de color ocre. Los eriales alternan con los barbechos. Las lomas del arado se pierden en la distancia, agrietadas y secas. Hay tempranales rodeados con bardas y matas de almendros y olivares silvestres.

—Aquellos cortijos de allí son Los Pipaces —dice mi vecino.

El camión aminora la velocidad y se detiene en la encrucijada. Doy las buenas tardes a todo el mundo y salto a tierra con los tres nijareños. El chófer asoma la cabeza por la ventanilla.

—Que tenga usted buen viaje.

—Muchas gracias.

Le sigo con la vista hasta que desaparece por los badenes. Los nijareños caminan silenciosamente a mi lado. En la huerta hay cepas con las ramas extendidas sobre una complicada red de alambres. Apenas deben tener dos o tres años y algunas echan ya pimpollos y racimos, diminutos y agrestes.

—El amo de la finca ha plantao varios miles —dice uno de los hombres—. Aquí las llamamos riparias.

—Hasta hace poco la llanura era un desierto.

—Ahora habrá, por lo menos, cuarenta fanegas de huerta. De aquí a unos años tós los campos que usted ve los convertirán en parrales.

Me acuerdo de los viñedos del valle del Almanzora, en el camino entre Albox y Purchena, y pregunto de dónde sacan el agua.

—De los pozos. Han hecho varios. De cuarenta y ocho y hasta cincuenta y seis metros. Ya le enseñaremos uno.

Nos acercamos a los cortijos. El más próximo parece de construcción reciente y hay otro en obras, en el que trabajan varios albañiles. En los bancales crecen berenjenas y tomates. El aire levanta pequeños remolinos de polvo.

—¡Eh, tú! —grita uno de mis compañeros—. ¿Dónde está el Juan?

El albañil deja de revolver la mezcla del cuezo y se vuelve hacia los otros:

—¿Dónde para el Juan?

—Salió con el chico.

—Mira, por allí vienen...

—¡Juan!

—¡Qué!

—Hay unos compadres que te buscan.

El Juan camina sin prisa. Es hombre cenceño, anguloso, vestido con pantalón de pana negra y camisa de cuadros. Sus borceguíes son de piel de becerro y lleva sombrero campesino, de alas anchas.

—¿Qué hay?... ¿Para el pueblo?...

—Sí, hacia la casa.

—Me había ido a dar una vuelta por los parrales. Los que plantamos primero han granado.

—Ya lo hemos visto.

—Como sigan así, el año que viene tendremos cosecha.

—¿Uva?

—Por lo menos, agraz.

Hay un silencio y liamos un cigarrillo. Mis amigos cuentan que soy forastero y me gustaría ver los pozos.

—Venga conmigo. Le enseñaré el de aquí al lado.

El hombre camina delante de nosotros y uno de los nijareños me dice a la oreja que es maestro de obras.

—No es del país. Vive en Almería y va y viene todos los días con la moto.

El pozo está cubierto por una torre de ladrillos y el alarife descorre el cerrojo de la puerta. Dentro, se oye el trepidar de un motor. Junto a la boca hay un andamio de tablas. Apoyado en él aventuro una mirada hacia abajo.

—¡Niño!

—¿Qué?

—Aprieta el botón de la luz.

El chiquillo que nos acompaña obedece y se enciende una bombilla en el fondo. El alarife dice que el pozo tiene cincuenta y un metros de profundidad.

—¿Rinde mucho?

—Fíjese. Allí está el chorro de agua.

Salimos, y sonrío satisfecho. Asegura que dentro de diez años toda la finca será huerta y me invita a visitarla otro día con un poco de calma.

Cuando nos alejamos, se va a hablar con los albañiles y le oigo dar órdenes al muchacho.

—¿Es amigo suyo?

—Conocío sólo.

—Parece buen hombre.

—Simpático es. Pero con mucha trastienda.

El más bajo del trío dice que, en cuanto tienen un chispo de poder, todos los hombres se vuelven iguales.

—Tós, no.

El que le corta habla de un tal Gabriel, que no es como los otros.

—Gabrié es el único —contesta el bajito—, y ya has visto qué le ha pasao.

—Lo que le ha pasao no cuenta.

—Díselo a su mujer, y verás qué te responde.

Volvemos al cruce de caminos y tomamos el de la derecha. Buriladas en el flanco de la montaña se columbran las casas de Níjar. La carretera parece rastrear por los eriales. El pueblo queda a cuatro kilómetros y mis compañeros caminan deprisa.

El bajito lleva el talego sobre el hombro y me cuenta que hace diez años que recorre el mismo camino, mañana y tarde, sin desviarse un solo paso.

—Dicen que el mundo cambia y pronto llegaremos a la luna, pero pa nosotros, tós los días son iguales.

Sus camaradas callan y, como vamos rezagados, aprieta el paso y hablamos del clima de Níjar.

Aquí, la colonización tropieza con muchos obstáculos. La falta de árboles provoca una intensa erosión del suelo y explica que el nivel de precipitaciones de la región sea de los más bajos de España. Al suelo pedregoso y la sequía debe añadirse, aún, la acción sostenida del viento. Para defenderse de él, los campesinos tienen que cubrir sus pajares. La arenilla desprendida por la erosión origina continuas tolvánas, responsables, en no pequeña parte, del elevado porcentaje de tracoma y enfermedades de los ojos que hizo tristemente célebre a la provincia. Y cuando la tempestad se desbrava en uno de esos violentos turbiones —como el que tuve ocasión de presenciar días más tarde— el polvo condensado en la atmósfera es tal que colorea el agua y transforma la ansiada lluvia en una insólita y decepcionante ducha de barro.

—Y aquí, la tierra rinde toavía —exclama el bajito—. Porque si cruza usted las montañas y va pa Carboneras...

—¿Qué hay?

—Lagartos y piedras. Es lo más pobre de España.

Mientras seguimos de palique, la carretera atraviesa unos olivares. Los balates están trazados con regularidad, separados por hormas de medio metro y, en los entreliños, el amo ha sembrado garbanzos. El paisaje recuerda un tanto el del campo de Tarragona. Se advierte la proximidad de un pueblo y, un centenar de metros más lejos, llegamos a la carretera comarcal.

Los otros nos aguardan en el hito kilométrico. Yo estoy algo cansado de la caminata y les paso el paquete de Ideales. Las casas de Níjar apuntan detrás de la loma. El cielo bulle de pájaros y reanudamos la marcha.

— IV —



Una plaza de Níjar.

La primera impresión —agreste y un tanto inhospitalaria— que Níjar inspira al viajero que viene por el camino de Los Pipaces, se desvanece con la proximidad. Los alrededores de la villa son ásperos, pero el esfuerzo del hombre ha transformado armoniosamente el paisaje. La ladera del monte está escalonada de paratas. Frutales y almendros alternan sobre el ocre de los jorfes y los olivares se despeñan por la varga lo mismo que rebaños desbocados.

Níjar se incrusta en los estribos de la sierra y sus casas parecen retener la luz del sol. Por la carretera pasan feriantes montados en sus borricos. A la entrada del pueblo hay un surtidor de gasolina y, cuando llegamos, una pareja de civiles camina hacia Carboneras con el mosquetón terciado a la espalda.

—Hoy es día de mercao —dice uno de mis compañeros—. Tó ese personá que ve usté viene de los cortijos.

—¿Qué venden?

—Lo que tienen. Cerdos, gallinas, huevos... Con lo que les dan mercan pan y aceite pa el resto de la semana. Son gente que vive en sitios aislaos, a varios kilómetros uno del otro y sólo van al pueblo los sábaos.

Por la calle bajan mujeres vestidas de negro y un gitano sentado a horcajadas sobre un borrico. Las casas de Níjar son de una sola planta y tienen las fachadas enjalbegadas, pero, a diferencia de las de El Barranquete o Los Nietos, su aspecto es poco africano y recuerda más bien el de las viviendas de los pueblos de la Andalucía alta y Extremadura. El techo suele ser de teja encalada y, a través de las puertas siempre abiertas, se vislumbra el interior de los zaguanes: retratos de familia, cromos piadosos, mesitas, floreros, vasijas de barro.

De repente, el bajito me agarra del brazo y me arrastra al interior de una.

—Pase usted. Le presentaré mi mujé y los chavales.

Sus amigos entran detrás de nosotros. La habitación es pequeña, cuadrada. Su mobiliario se reduce a un banco de madera. Del techo cuelga un mosquero pringoso y en la pared hay un dibujo de Walt Disney.

—¡Modesta!

La mujer acude con un crío entre los brazos y, al verme, sonríe con expresión plácida. Aunque tiene el rostro seco y el vientre deformado por la maternidad es todavía bonita.

—El amigo es un señó catalán que ha venío a visitá el pueblo —explica el marido.

—Mucho gusto en conocerle.

Yo digo que el gusto es mío.

—¿No quiere sentarse un momento?

—Muchas gracias.

—Tráele la silla, mujé.

—Espera. Agarra tú al niño.

Modesta desaparece tras la cortinilla de esparto y vuelve en seguida con la silla y dos críos agarrados a las faldas.

—Hala, siéntese.

—No, la silla para usted.

—Ande —insiste el marido—. Nosotros cabemos en el banco.

No tengo más remedio que obedecer y Modesta y los tres hombres se acomodan enfrente mío. Hay un silencio. Los pequeños siguen agarrados a las faldas de su madre.

—¿Qué tiempo tienen?

—Éste, tres años, y este otro, cuatro. Vamos, dad las buenas tardes al señó.

Al oír que hablan de ellos, los niños se encogen y se tapan la cara con las manos. Yo me vuelvo hacia el que va en brazos de la mujer.

—¿Y éste?

—En abril hizo dieciocho meses.

El padre lo sienta sobre sus rodillas y le cubre la cara de besos.

—Es majo, ¿verdá?

El niño parece, en efecto, más robusto que sus hermanos, pero yo miro sus ojos estrábicos y como sin vida, cuando Modesta se adelanta a mi pensamiento:

—Lástima que sea cieguico.

—No ve ná —dice el hombre—. Está así desde que nació.

Les pregunto si lo ha visitado algún médico.

—A Almería lo llevaron una vez. Dijeron que tendrían que operarle.

—¿Allí?

—No. En Barcelona.

—Parece que en Barcelona hay un médico muy bueno.

—Bueno o malo, pa nosotros es igual.

—No sé por qué dices eso —se lamenta la mujer.

—Porque es verdad. Como no encontremos naide que nos fíe el viaje...

El padre lo acuna con extraña dulzura. De vez en cuando aparta las moscas a manotazos.

—Al pobrecito se lo comen vivo...

—Pásamelo, José —dice la mujer—. Cuando oye voces desconocías se espanta.

Por la puerta de la calle irrumpe otro niño, de siete u ocho años. Tiene los ojos rasgados, de color verde, y el pelo ondulado y negro.

—Es mi chico mayó —explica José.

—Da las buenas tardes al señó.

—Buenas tardes tenga usted.

Envalentonados por el ejemplo de su hermano, los pequeños le dan las buenas tardes también.

—¿Ahora os acordáis? —exclama Modesta—. ¿Qué va a pensar ese señó de vosotros?

Los niños se ocultan otra vez bajo sus faldas y ríen excitadamente.

—Son cuatro y otro que viene en camino —aclara José.

—Aquí, las mujeres están siempre encintas —dice uno de sus camaradas.

—Toas las familias son de cuatro, cinco, seis chavales.

—Hay una mujé al final de la calle que tuvo hasta trece.

—Cuanto más pobres, más hijos.

—La noche es larga y la gente no tié distracción como en las capitales.



Gentes del campo de Níjar.

Los tres hombres intercambian reflexiones bajo la mirada sumisa de Modesta. Los niños de la calle empiezan a aglomerarse frente al portal y nos contemplan inmóviles, hilando baba.

—Largo, fuera de aquí —grita José.

Yo aprovecho la ocasión para levantarme.

—Su compañía es muy grata, pero oscurece, y quisiera dar una vuelta por el pueblo.

—¿Qué desea vé usted?

—Nada en particular. Las calles.

—¿Ha visto usted el Paseo? —pregunta Modesta.

—No, señora.

—Entonces, mi hijo le acompañará. Antoñico, lleva al señó al Paseo.

El niño de los ojos verdes me coge familiarmente de la mano.

—Venga.

Yo me despido de Modesta y su marido y les agradezco la hospitalidad.

—¿Cuántos días se queda usted en Níjar?

—Me voy mañana.

—Bueno, pues que tenga usted buen viaje...

El grupo sale a decirme adiós a la calle y Antoñico y yo nos alejamos seguidos de una nube de arrapiezos.

—No les haga caso —dice el niño—. Cuando ven a un forastero se quean como embobaos.

El cortejo imanta poco a poco la chiquillería curiosa de los portales. Pronto son veinticinco o treinta. Van pobremente vestidos, con pantalones heredados de sus padres o hermanos pero, en vez de gritar y alborotar como los de Cuevas, caminan detrás de nosotros en silencio, a respetuosa distancia.

Doblamos la esquina y, por una calle estrecha y llena de polvo, desembocamos en el Paseo. Es una avenida monumental, alquitranada y con jardines, de un centenar de metros de largo. Como para acentuar su carácter insólito, Antoñico señala la hilera de farolas plateadas rematadas con tubos de neón. El visitante se frota los ojos porque cree soñar. El conjunto parece directamente trasplantado desde Sitges o alguna otra playa de moda. Una casa de alta costura en pleno desierto no le hubiera causado mayor sorpresa.

—Lo inauguraron el año pasao —dice Antoñico—. ¿Qué le parece?

La chiquillería está al acecho de mis palabras y digo que me parece bien.

—De noche lo iluminan y tó.

—Debe quedar muy bonito.

—Mucho. Venga aquí a dos horas y lo verá.

Aguardando el momento de lucir sus galas nocturnas, el Paseo desempeña, entre tanto, funciones más modestas. Cuando nos vamos, un hombre con sombrero y zamarra lo atraviesa al frente de una piara de puercos.

—¿Qué quié vé usted más?

Doy las gracias a Antoñico por sus amabilidades y le digo que me voy a la posada. El niño me cree y se aleja con los otros. Una vez solo vuelvo a la calle por donde habíamos venido y me interno por las callejuelas laterales en busca de los talleres de alfarería.

La cerámica de Níjar es famosa en todo el sur y, con la de Bailén, una de las más importantes de España. Barnizados y pintados de vivos colores, lebrillos y platos se venden en Madrid, Barcelona y Valencia a precios que sorprenderían sin duda a sus humildes autores. En Níjar se puede llenar un automóvil de cacharos por unas pocas pesetas. Últimamente, algunos nijareños parecen haber caído en la cuenta del negocio que tienen entre manos y, de cara al turismo extranjero, ilustran las vasijas de ingenuos motivos folclóricos y las venden luego a los automovilistas a lo largo de la carretera general por Lorca, Totana y Puerto Lumbreras.

La calle por la que subo es pina y las aguas residuales han abierto un cauce por en medio, lleno de fango y suciedades. Atardece, y la gente se asoma a la puerta de las casuchas. Una radio transmite a toda potencia una canción de Valderrama.

Pregunto por los talleres y me indican uno. Es un cobertizo bajo, sin ventanas, donde trabajan cuatro hombres. Los maestros moldean sentados en los tornos y el aprendiz

apelmaza la arcilla golpeándola contra una laja. Al fondo, en una solana bastante extensa, hay varias hileras de lebrillos puestos a secar.

Los hombres parecen acostumbrados a la curiosidad de los mirones. Los tomos están empozados de manera que la rueda superior quede a la altura del suelo, y pedalean enterrados hasta la cintura, con rapidez milagrosa. En sus manos, la arcilla cobra en pocos segundos la forma de un cuenco. Cuando terminan, lo dejan sobre una tabla y empiezan otro.

—¿Forastero? —dice uno de los maestros al cabo de un tiempo.

—Sí, señor.

—La otra tarde vino a vernos un alemán, con su familia.

Las vasijas se forman velozmente entre sus dedos, siempre iguales.

—¿Cuántas hacen al día?

—No sé, nunca las contamos.

El hombre parece poco hablador. Sus cuencos llenan ya la totalidad de la tabla y el aprendiz los lleva a secar al patio. Desde la puerta le veo trasegar de lebrillo en lebrillo un líquido blanco, semejante a la leche.

—¿Qué es eso?

—El caolín. Sirve pa barnizá.

Al acabar, le paso mi paquete de Ideales y fumamos un cigarrillo. Mientras los otros salen de los tornos y se quitan la arcilla de las manos, me explica que en el pueblo hay más de doce talleres, pero que todos malviven.

—Es un oficio muy cansao y, en realidá, rinde poco. Pa llegá a alfarero se necesita aprendé desde niño y siempre son otros quienes aprovechan.

—Si uno trabajara por su propia cuenta, sí rendiría —tercia uno de los maestros—. Pero, tal como lo hacemos nosotros, el

chico tié razón.

—En otros laos, el torno gira con motor y no hay que pedaleá tol tiempo.

—Pues yo, ¿sabéis lo que os digo? —exclama otro—. Que prefiero está aquí diez horas por nueve duros que metió a cien metros bajo tierra, iguá que las ratas.

—Aquí la faena es cansá pero no te tié amarrao, y no te envejece antes de hora, ni te estropea...

El que habló primero dice que no cambiaría de profesión por nada y, como ha llegado la hora de cerrar y oscurece, salimos a la calle. El sol ha trasmontado pero su luz desperfila todavía las crestas de la sierra. Después del bochorno del día la fresca es agradable.

En la esquina hay una taberna y entramos a beber una copa. Terminada la discusión sobre su oficio, los alfareros permanecen silenciosos. El aprendiz pregunta si me hospedo en la fonda y le digo que aún no he visto ninguna.

—Conozco dos o tres. La que linda con la plaza le resultará muy económica.

Cuando se van, vagabundeo por el pueblo, sin rumbo fijo. Las casas tienen los portales abiertos y los cuadros familiares se suceden monótonos y tristes. Veo un taller de reparación de bicicletas, un almacén de granos. En la plaza los chiquillos juegan a la morra y el cura conversa con el brigada. Hay tres cafés, la parroquia, un cine. Los cafés están de bote en bote, el cine anuncia una película de Vicente Escrivá y, al acercarme a la iglesia, leo un cartel descolorido: «alegre hacia el sacerdocio, ayuda al seminario». Quiero entrar, pero la puerta está atrancada.

Por el arroyo pasan dos mujeres montadas en borricos. Vuelven de la compra, con grandes cestos, y me decido a subir al albaicín. En la calleja se alinean los tenduchos de comestibles y pronto doy con la plazuela del mercado. Cuando

llego, los últimos vendedores guardan el género en los cuévanos. Los asnos rebuznan de impaciencia.

—¿No quiere usted unas tunas, señor?

El viejo implora con los ojos, pero, cuando me doy cuenta he dicho que no y es demasiado tarde. Continúo cuesta arriba con el propósito de comprarle al volver. El pueblo es mayor de lo que parece a primera vista y no sé regresar a la plazuela. Tengo que preguntar a una muchacha y, cuando llego, el viejo se ha esfumado.

De noche, mientras la posadera prepara la cena en la cocina, me acuerdo de que Ortega y Gasset menciona lo acontecido en Níjar el 13 de septiembre de 1759, cuando se proclamó rey a Carlos III, como ilustración de su célebre teoría sobre la rebelión de las masas. Según un papel del tiempo, en poder del señor Sánchez de Toca, citado en *Reinado de Carlos III* por don Manuel Danvila, que el filósofo parafrasea: «Después mandaron traer de beber a todo aquel gran concurso, el que consumió setenta y siete arrobas de Vino y cuatro pellejos de Aguardiente, cuyos espíritus los calentó de tal forma, que con repetidos vítores se encaminaron al pósito, desde cuyas ventanas arrojaron el trigo que en él había y 900 reales de sus Arcas. Desde allí pasaron al Estanco de Tabaco y mandaron tirar el dinero de la Mesada, y el tabaco. En las tiendas practicaron lo propio, mandando derramar, para más authorizar la función, quantos géneros líquidos y comestibles había en ellas. El Estado eclesiástico concurrió con igual eficacia, pues a veces indugeron a las mugeres tiraran cuanto había en sus casas, lo que egecutaron con el mayor desinterés, pues no quedó en ellas pan, trigo, harina, zebada, platos, cazuelas, almireces, morteros ni sillas, quedando dicha villa destruida». «¡Admirable Níjar! —añade Ortega—. ¡Tuyo es el porvenir!»

Después de haber recorrido un poco la península, uno piensa que lo sucedido hace dos siglos en Níjar es hoy por hoy moneda corriente en el país y que Ortega obró con ligereza al

abrumar irónicamente a sus habitantes. Son las minorías selectas, no el pueblo, quienes suelen echar el dinero por la ventana, y hay muchas maneras de echarlo. El pueblo no tiene más remedio que resignarse, y aun cuando secunde alegremente sus delirios como, según el papel en poder del señor Sánchez de Toca, hizo el de la villa de Níjar, el hombre de buena fe sabe distinguir, más allá de la anécdota, quiénes son las víctimas y quiénes los culpables.

Uno se dice todo eso y muchas cosas más, pero la posadera viene ya con la salsa de almendras y pimientos que majaba en el pilón y se abandona al asperillo del vino y al regosto de la comida con un olvido tan completo de lo que en el mundo ocurre que luego le hace avergonzarse.

La cama es buena para quien tiene el estómago lleno y sabe que al día siguiente no habrá de faltarle lo necesario, pudiendo ir de un sitio a otro sin ser esclavo en ninguno, y mirar las cosas desde fuera, como un espectador ajeno al drama. Uno sabe también eso y, cuando apaga la luz, piensa en los otros. Las horas se suceden en el cuadrante del reloj y el sueño se le escapa.

Había dicho a la patrona que me despertase de alborada con el sano propósito de ver despuntar el sol sobre la sierra, pero las sábanas se me pegaron más de lo debido. Los felices trabajadores en domicilio hemos abandonado la costumbre de madrugar para ganar el pan y el autor de estas líneas se levanta a la hora en que el guadapero lleva el serillo del almuerzo a los segadores.

—Ha perdido usted el autocá —dice la mujer, algo escandalizada—. Salió hace ya mucho rato y hasta mañana no hay ninguno.

El perezoso paga cena y cama bajo su mirada desaprobadora y, una vez en la calle, se mete en la primera barbería. Si tuviera que caracterizar el Sur en tres palabras citaría seguramente a las barberías, junto a los niños y a las moscas. Todos los pueblos de Murcia y Andalucía rivalizan en número y, a juzgar por mi experiencia, su horario es muy elástico. Una noche, en Guadix, conté dieciséis y entré en la decimoséptima cuando eran casi las once. La de Níjar es más mísera aún que las guadijeñas y, mientras el barbero me enjabona la cara, me entretengo mirando el mosquero, los frascos vacíos y un ventilador que luce en la rinconera, de adorno.

—¿A cuántos kilómetros queda Lucainena?

—A diez, debe está...

—¿Y Carboneras?

—Lo menos a veintisiete. Como no tenga usted auto...

Yo digo que voy a pie y el barbero explica que Lucainena, Carboneras y Turrillas son pueblos sin interés y no merecen la visita.

—Además no encontrará un alma por allí. Mejó que dé usted media vuelta y tire hacia el Cabo de Gata.

—Queda lejos también.

—Lejos, sí está. Pero es más curioso que Carboneras y le será fácil pará algún auto.

El barbero se expresa con el acento cantarín que tienen a menudo los hombres de la provincia y, al acabar su trabajo, me pone un poco de talco en la barba.

—¿Cuánto es?

—El señó me debe seis reales.



El sol castiga duro a aquella hora y, como el domingo no hay camiones, ni carros, sigo los consejos del barbero y echo a andar en dirección a Gata.

El camino es el mismo que tomé al venir, pero, en lugar de seguir la calle hasta el surtidor de gasolina y continuar por la carretera comarcal, tuerzo a la izquierda por la antigua entrada del pueblo y serpenteo entre los muros de piedra seca hasta la puerta del camposanto.

A la derecha, las montañas se entrelazan hasta perderse de vista en el horizonte. A la izquierda, son las tierras alberas del

llano, cultivadas a trechos y esfumadas por la calina. Por poniente bogan nubecitas vedijosas. Las cigarras zumban en los olivares. Encampanado en el cielo, el sol brilla sobre el campo de Níjar.

La carretera se ciñe a la forma caprichosa de los balates y, al llegar al cruce, repecha la cuesta, deja atrás el poste de gasolina, aterriza en el llano. La pareja de civiles que está de facción en el teso me contempla mientras me alejo del oasis de verdor que varios siglos de trabajo silencioso y anónimo han logrado crear junto al pueblo y me interno en el desierto que lo rodea, por un paisaje rudo, sin hombres, árboles, ni agua.

El camino es recto, parece que no tenga fin. El arbolado ralea poco a poco. Los últimos acebuches son achaparrados y canijos y, al desaparecer también, me encuentro solo en medio de un mar de arcilla, sin más brújula que el encegador reverbero del sol sobre la carretera.

Al cabo de media hora de marcha el calor se hace insoportable. La llanura se cuece entre espirales de calina. Las cigarras zumban amodorradas. El propio caminante —que, desde que vive en el norte, se ahíla y desmedra como las plantas privadas de luz y es un apasionado del sol— siente el agobio del trayecto y empieza a buscar un trocito de sombra donde tumbarse.

No hay ninguno y continúa todavía un buen rato. A lo lejos se divisa la carrocería brillante de un automóvil, parado al borde de la cuneta. Debe estar a poco menos de un kilómetro y el chófer camina por el alquitranado.

En la tierra parda, los henequenes suceden a los chumbares. Un culebrón asoma su astuta cabeza entre las zarzas y luego se desvanece. A la izquierda hay un cortijo en alberca con la consigna del Instituto, «más árboles, más agua», escrita con alquitrán sobre el muro.

El automóvil está ahora a trescientos metros y el hombre parece esperarme, apoyado en el guardabarros. Al poco,

descubro que no va solo y veo otro, sentado al pie del talud. En el campo de henequenes, un mozo desmocha terrones con la azada. Un tordo alirrojo se posa en las chumberas del camino. Las nubecillas condensadas en la sierra se aborregan. La calina ondea sobre el llano.

El coche es un Peugeot 403 y lleva matrícula de París. Su conductor —hombre rubio, de una cuarentena de años— va vestido como explorador de película, con pantalones cortos de color caqui y camisa blanca. Sólo le falta el casco.

—*Pardon, señor. Est-ce que vous savez dónde agua* —dice cuando llego junto a él.

—*Je ne sais pas, c'est la première fois que je prends cette route.*

El hombre amusga la vista con cierta sorpresa. El sudor le chorrea por la cara.

—*J'ai oublié de mettre de l'eau dans le réservoir et je suis en panne* —añade al cabo de unos instantes—. *Il n'y a aucune fontaine aux environs?*

—*Je ne sais pas mais ça me paraît un peu difficile. De l'eau, ici...*

—*C'est embêtant. Voilà plus d'une heure qu'on attend et encore on n'a pas vu de bagnole.*

Por la ventanilla del coche asoma una cabeza de mujer, colérica, con la nariz despellejada.

—*Je te l'avais dit quarante fois. Toute cette région-là c'est le désert. Maintenant essaie de trouver de l'eau. Cela t'apprendra à m'emmener dans des pays pauvres.*

—*Veux-tu la fermer?* —dice exasperado el hombre.

Junto al talud hay un viejo con una chaqueta raída y, al oírle, el corazón me da un brinco en el pecho. Aunque tiene la cara medio oculta bajo el ala del sombrero, barrunto que es el mismo que, la víspera, me ofreció las tunas en el mercado.

—Explíqueme que hay un pozo a dos kilómetros de aquí — dice sin reconocerme.

—*Il dit qu'il y a un puits à deux kilomètres d'ici.*

—*De quel côté?*

—¿Hacia qué dirección?

El viejo se incorpora y veo sus ojos azules, cansados. Son los mismos de ayer, pero, ahora, ya no imploran nada.

—¿Ve usted aquel cerro detrás de las chumberas?

—Sí.

—Al otro lado hay un cortijo donde encontrará agua.

Traduzco las indicaciones del viejo y el turista abre la puerta del coche.

—*Il paraît qu'il y a un puits là-bas.*

La mujer hace como si no lo oyera y se abanica furiosamente con el periódico.

—*Au revoir* —nos dice el hombre—. Muchas gracias.

El viejo y yo continuamos por la carretera. El sol aprieta fuerte y mi compañero lleva un cenacho enorme en el brazo.

—Habla usted muy bien el español —dice al cabo de cierto tiempo.

—Soy español.

—¿Usted?

—Sí, señor.

El viejo me mira como si desbarrara.

—No. Usted no es español.

—¿No?

—Usted es francés.

—Hablo francés, pero soy español.

El viejo me observa con incredulidad. Para la gente del Sur la cultura es patrimonio exclusivo de los extranjeros.

Un francés hablando perfectamente diez idiomas sorprende menos que un español chapurreando mal gabacho.

—Mire —digo echando mano al bolsillo—. Aquí está el pasaporte. Lea. Nacionalidad: española.

El viejo da una ojeada y me lo devuelve.

—¿Dónde dice que vive usted?

—En París.

—Ah, ¿lo ve? —exclama triunfalmente—. Entonces es usted francés.

—Español.

—Bueno. Español de París.

Su conclusión es irrefutable y renuncio a la idea de discutir. Durante unos minutos caminamos los dos en silencio. La carretera parece alargarse indefinidamente delante de nosotros. El viejo lleva el cenacho cubierto con un trozo de saco y le pregunto si aún le quedan tunas.

—¿Tunas? ¿Por qué?

—Ayer por la tarde, ¿no estaba usted en Níjar?

—Sí, señor.

—Es que me pareció verle allí en el mercado.

—¿Y dice usted si todavía me quedan tunas?

El viejo se detiene y me mira casi con rabia.

—Las que usted quiera. Tenga. Se las regalo.

—No le había dicho eso...

—Pues se lo digo yo. Cójalas. Y, si no le gustan, escúpalas. No me ofenderé.

Ha quitado el saco de encima y me enseña el cesto, lleno de chumbos hasta los bordes.

—Quince docenas. Se las doy gratis.

—Se lo agradezco mucho pero...

—No debe agradecerme nada. Nadie las quiere. Tengo mi mujer en la cama, con fiebre. Necesito ganar dinero y ¿qué hago? Coger varias docenas de tunas e irme al pueblo. ¡Imbécil que soy! La gente prefiere que le pidan limosna en la cara.

El viejo deja caer las palabras lentamente, con voz ronca, y se vuelve hacia mí.

—¿Las sabe usted cortar?

—Sí.

—Entonces, venga. Le daré tenedor y cuchillo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Estarán un poco calientes, pero es igual. Frías, tampoco tientan a nadie.

En la linde de la carretera hay una higuera amarilla y raquítica, pero da alguna sombra. Nos sentamos en el suelo y el viejo me tiende el cuchillo y el tenedor.

—Coma usted las que quiera. Al cabo igual tendría que echarlas.

Yo digo que saben distinto que en Cataluña y el viejo calla y se mira las manos.

—Prefiero éstas. Son mucho más sabrosas.

—Lo dice usted para ser amable y se lo agradezco.

—No. Es la pura verdad.

Con el cuchillo cortó los extremos de la tuna y rajó la corteza por en medio. Al levantarme sólo había bebido un mal café y descubro que tengo hambre.

—Cuando era niño, en casa, las tomábamos por docenas.

El viejo me observa mientras como y no dice palabra.

—Mi padre nos prohibía mezclarlas con la uva porque decía que las pepitas malcasaban en el estómago y provocaban un corte de digestión.

El viejo, ahora, se mira atentamente las manos.

—Tengo dos hijos que viven en Cataluña —dice.

La música monocorde de las cigarras pone sordina a sus palabras. En la llanura el sol brilla como un tumor de fuego.

—Cuando era joven, mi mujer quería que tuviésemos muchos. La pobre pensaba que estaríamos más acompañados al llegar a viejos. Pero ya lo ve usted. Como si no hubiéramos tenido ninguno.

—¿Dónde están?

—Fuera. En Barcelona, en América, en Francia... Ninguno volvió del servicio. Al principio nos escribían, mandaban fotografías, algún dinero. Luego, al casarse, se olvidaron de nosotros.

El viejo sonríe con gesto de fatiga. Sus ojos azules parecen desteñidos.

—El mayor no era como ellos.

—¿No?

—Desde pequeño pensaba en los demás. No en su madre, su padre o sus hermanos, sino en todos los pobres como nosotros. Aquí la gente nace, vive y muere sin reflexionar. Él, no. Él tenía una idea de la vida. Su madre y yo lo sabíamos y lo queríamos más que a los otros, ¿comprende?

—Sí.

—Cuando hubo la guerra se alistó en seguida a causa de esta idea. No fue a rastras como muchos, sino por su propia voluntad. Por eso no lo lloramos.

—¿Murió?

—Lo mató un obús en Gandesa.

Hay un momento de silencio durante el que el viejo me observa sin expresión. El viento levanta remolinos de polvo en el llano.

—En su país debe llover. Siempre he querido ir a un país donde haya lluvia pero nunca lo he hecho, y ahora... Está ya duro el alcacer para zampoñas...

Las palabras salen difícilmente de sus labios y mira absorto a su alrededor.

—Aquí han pasado años y años sin caer una gota, y mi mujer y yo sembrando cebada como estúpidos, esperando algún milagro... Un verano se secó todo y tuvimos que sacrificar las bestias. Un borrico que compré al acabar la guerra se murió también. No se puede usted imaginar lo que fue aquello...

La llanura humea en torno a nosotros. Una bandada de cuervos vuela graznando hacia Níjar. El cielo sigue imperturbablemente azul. El canto de las cigarras brota como una sorda protesta del suelo.

—Nosotros sólo vivimos de las tunas. La tierra no da para otra cosa. Cuando pasamos hambre nos llenamos el estómago hasta atracarnos. ¿Cuántas dijo que se comía usted?

—No sé, docenas.

—En casa hemos llegado a tomar centenares. El año pasado, antes de que mi mujer cayera enferma, le dije: «Come, haz igual que yo, a ver si reventamos de una vez», pero los pobres tenemos el pellejo muy duro.

El viejo parece verdaderamente desesperado y, como hace ademán de levantarse y escampar, me incorporo también.

—¿A cuánto las vende usted? —digo.

El viejo vuelca las tunas por el suelo y se mira las alpargatas.

—No se las he vendido. Se las he regalado.

Torpemente saco un billete de la cartera.

—Es una caridad —dice el viejo enrojeciendo—. Me da usted una limosna.

—Es por las tunas.

—Las tunas no valen nada. Déjeme pedirle como los otros.

Por la carretera pasa una motocicleta armando gran ruido. El viejo alarga la mano y dice:

—Una caridad por amor de Dios.

Cuando reacciono ha cogido el billete y se aleja muy tieso con el cenacho, sin mirarme.

— VI —



Llano yermo junto a Rodalquilar.

Pasada la Venta de las Canteras, la carretera faldea una zona desnuda, montañosa. Las ondulaciones de Sierra Alhamilla se pierden en el horizonte, lo mismo que un mar. Una liebre cruza velozmente el camino y desaparece entre los zarzales, como engalgada. Es un magnífico lugar para el ojeo y, suspendida sobre el barranco, veo una paranza de cazador engastada en la roca.

Llegando al cruce de Rodalquilar —allí donde la víspera pasé en camión con el Sanlúcar—, el paisaje se africaniza un tanto: cantizales, ramblas ocres y, a intervalos, como una violenta pincelada de color, la explosión amarilla de un campo de vinagreras. Después de hora y media de camino empiezo a sentir la fatiga. Por la carretera no se ve un alma. Sopla el viento y de los eriales surge como un canto de trilla, pero es seguramente una ilusión, pues cuando aguzo el oído y me detengo, dejo de escucharlo.

La carretera de Gata parte de las cercanías de El Alquíán y corto a campo traviesa. Se presiente el mar hacia el Sur, tras los arenales. El suelo está lleno de trochas que se borran lo mismo que falsas pistas. Sigo una, la abandono, retrocedo. Finalmente descubro un camino de herradura y voy a parar a una rambla seca, sembrada de guijarros.

Cuando llego, una bandada de cuervos se eleva dando graznidos. Hay un cadáver descompuesto en el talud y el aire hiede de modo insoportable. Intento ir deprisa, pero las piedras me lo impiden. El cauce de la rambla está aprisionado entre dos muros. No se ve un solo arbusto, ni un nopal, ni una pita. Nada más que el cielo, obstinadamente azul, y el lujurioso sol que embiste, como un toro salvaje.

Al cabo de un centenar de metros, subo por el talud. Arriba, la vista se extiende libremente sobre el llano y parece que se respira mejor. El suelo es todavía pedregoso y sorprende varias culebras. Me duelen los pies y, mientras ando, acecho el lejano mar de Gata.

El sendero bordea un campo de henequenes y, de pronto, me encuentro en la carretera. Por el badén viene un hombrecillo con unas alforjas al hombro y espero a que se acerque para abocarme con él.

—Buenos días.

—Buenos días.

—La carretera de Gata, por favor...

—Sin favó. Está usted en ella.

El hombrecillo me observa con curiosidad. Tiene tracoma y sus ojos parecen dos ojales.

—¿De dónde viene usted?

—De Níjar.

—Caló, ¿eh?

—Sí. Mucho.

Le ofrezco mi paquete de tabaco y reanudamos la marcha. El hombrecillo cojea ligeramente.

—Nosotros estamos acostumbrados al sol, pero los forasteros...

—¿Es usted de aquí?

—De un caserío de cerca de aquí. Torre García. ¿Lo conoce?

Cuando digo que no, parece algo ofendido.

—Pues es muy famoso. Allí se apareció la Virgen del Mar a los pescaores hace diez mil años.

—Muchos años son.

—Muchísimos. Ahora es la patrona de Almería y tós los veranos viene la mar de personá desde allí a celebrarla.

Bajamos y subimos otro badén. Los márgenes de la carretera están cultivados y mi compañero los señala con el dedo.

—¿Ha visto?

—Sí.

—La cebá ya encaña.

—¿Por qué siembran sólo en la orilla?

—¿No ha pasao usté por la carretera d'El Alquián?

—Sí. También había cebada en los bordes.

—Los laos los dejan pa nosotros —explica el hombrecillo—. Permítame que me presente. Feliciano Gil Yagüe, peón caminero.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío.

Yo me acuerdo del viejo de la carretera de Rodalquilar y pregunto si lo conoce.

—Uno que le llaman el Tigre...

—Ah, el Rodegario... Mú buen hombre. Lástima que le tire al vino.

—Eso me dijeron.

—Aquí, al que bebe, lo tién muy criticao, pero ¿qué quié usté? Cuando uno es viejo y está solo en el mundo...

—Sí, claro.

Feliciano me explica que es viudo y padre de cuatro hijos.

—El mayor pronto empezará la mili. Hace el doble que yo de alto.

—¿Viven con usted?

—Sí. Cá uno trabaja por su cuenta, pero tós dormimos en El Alquián.

—Por allí pasé yo ayer.

—Pues si le coge otra vez de camino descuélguese a vernos. Mi hija es ya una real moza, con dos ojos asín de grandes.

—Muchas gracias.

—Los cuatro tién la vista buena. No se vaya usté a creé, viéndome a mí, que han salió como el padre.

—No.

—Yo estoy asín desde niño y mi hermano también. Cuando nos llamaron a filas nos dieron a los dos por inútiles.

Mientras caminamos explica que, hace años, en su pueblo, muchos mozos se frotaban los ojos con mostaza y un polvillo que iban a buscar a la mina y los médicos, al hacer la revisión, creyendo que tenían tracoma, los enviaban derechos a casa.

—Había uno, el Eulogio, que se metió tanto polvo en los ojos, que luego se volvió ciego.

—¿Vive?

—Murió ya. ¿Sabe usted cómo?

—No.

—Lo atropelló un camión a la entrá d'El Alquíán. Estuvo agonizando nueve días.

Feliciano cuenta las cosas con alma, con un regodeo secreto.

—Por aquí muere mucha gente accidenté.

—¿Sí?

—El mes pasao, la marrana de mi vecina le comió la cabeza a su niño. Tós los diarios hablaron.

El hombrecillo explica lo sucedido con pelos y señales y uno piensa que —a manera de compensación— el humor negro debe aliviar a los almerienses. Tiempo atrás, en un lugar de la provincia, la casualidad me hizo asistir a la representación de unos cómicos, y su ironía macabra, llena de alusiones a la pobreza y a la muerte —que seguramente hubiera petrificado de horror al público de cualquier otro país— fue acogida allí con explosiones de verdadero entusiasmo. Feliciano pertenece a esa España-esperpento que retrataron Goya y Valle-Inclán y, mientras narra sus historias, los ojillos sarnosos le parpadean con malicia y su boca sonríe como una cicatriz abierta, pálida y desdentada.

—¿Lee usted *El Caso*?

—A veces.

—La criatura salió allí retrataíca.

La carretera atraviesa unos huertos cercados con bardas. Hay una acequia en la linde del camino y los bancales están todavía húmedos. Poco a poco nos acercamos a un cortijo. Parece grande, y las palmeras y el rumor del agua le dan el romanticismo de un oasis enclavado en medio del desierto.

—Bueno —dice el hombrecillo—. Ya hemos llegao.

—¿Dónde?

—A Torre Marcelo. Usted no tiene más que echarse p' adelante y en seguida llega a Cabo Gata. Yo me planto aquí.

Me despido de Feliciano, no sin prometerle antes que pasaré por El Alquíán a ver a sus hijos, y le sigo con la vista mientras, pasito a pasito, salva el solejar de la era. Por la ventana de la cuadra le mira también un burro, y los perros le rodean con jemeques y brincan para lamerle las manos.

Torre Marcelo produce impresión de gran riqueza. La paja se amontona en los almiaros. Bajo el colgadizo se ven las enjalmas de los mulos y una especie de enorme armatoste con los aperos de labranza y trajino del campo. Hay gallinas, ocas, patos, cerdos, e incluso una alberca donde un niño pesca ovas y remueve la lama del fondo con la punta de una caña.

La carretera costea un bancal de eucaliptos y, siguiendo el trazado de la acequia, recorre una huerta con olivos, palmeras y frutales. Sopla un viento salado que es como un anticipo del mar. El paisaje se agosta de nuevo y, después de media hora de camino por las marismas, aparece San Miguel de Cabo de Gata.

La imagen de África se impone otra vez al viajero. Las casas son rectangulares, blancas; semejan casi fortines. El viento azota las playas del golfo de Almería y, formando una barrera protectora, las chumberas fijan la arena de las dunas.

Sin decidirme a atravesar el pueblo, doy un rodeo por los navazos. El arenal es una auténtica solana. Las algaidas ocultan el mar y, cuando al fin lo veo, tras diez minutos de impaciente búsqueda, me quito la ropa y me zambullo.

Minutos después, acosado por el hambre, me aproximo lentamente hacia el pueblo. Sus casas están edificadas de espaldas al mar y las fachadas posteriores soportan el embate de la arena. Las barcas varadas en la playa parecen insectos arrojados allí por el temporal, son como gigantescas mariposas sin vida. Hay boliches, traineras, botes, jábegas. En Cabo de

Gata, como en Motril, los hombres pescan a copo halando las redes desde tierra.

A un centenar de metros en dirección a las salinas se yergue una graciosa torre en ruinas, construida, sin duda, hace siglos, para prevenir las incursiones piratas. La playa es extensa, muy limpia. Un barco salinero aguarda a que terminen de cargarlo, anclado a medio kilómetro de la costa. Más lejos, el horizonte se cierra bruscamente con los acantilados del cabo.

En el pueblo, los niños me siguen con curiosidad; los niños flacos y oscuros del Sur, de pelo anillado y ojos expresivos, medio enanos y medio diablejos, con sus manitas móviles, sus voces cantarinas y una tristeza adulta que transparenta siempre bajo los rasgos maliciosos y ávidos.

—¿Busca la fonda?

—Sí.

Inmediatamente se agrupan en torno mío, discuten, me tiran de la manga.

—Por aquí. Por aquí.

—¿Es usted francés?

—No.

—Hay uno aquí que habla el francés.

—Soy español.

—Es español —repiten a coro—. Español. Español.

Los más impacientes se adelantan con la noticia y vuelven a recogerme cuando me acerco a la plaza.

La fonda es una casa como las otras, blanca por fuera y fresca y agradable por dentro, con un bar lleno de cajas de cerveza, un tonel de vino y un calendario de propaganda en colores.

—Aquí está —dicen triunfalmente los niños.

El patrón es hombre joven, de buena facha, vestido con pantalones tejanos y una camiseta de hilo. Los chiquillos me llevan hacia él y se quedan quietos, acechando nuestras palabras.

—¿Podría darme de comer?

—Eso depende de lo que quiera usted.

—Me es igual. Lo que haya.

El patrón pone los brazos en jarras y dice:

—Tenemos pan, aceitunas, tomate, cebolla, pescao frito...

—Está bien.

—Si quíe usted latas de conserva, también hay.

—No.

—¿Algo de bebé?

—Medio litro de tinto.

El patrón me introduce en el comedor. Como en Rodalquilar, no tiene más que una mesa y, cuando llego, dos hombres que frisan la cuarentena dan buena cuenta de la ensalada.

—Que aproveche.

—Gracias.

Mis comensales son locuaces y, en seguida, me brindan conversación.

—¿Es usted del pueblo?

—No.

—Nosotros tampoco. Estamos reparando el motor de un pesquero que encalló el mes pasado.

—¿Dónde?

—Frente a las salinas. Pero venimos a comer aquí. Allí no se encuentra nada.

El que está a mi derecha se llama Vitorino Fernández. Es cartagenero, del barrio de la Concepción, y fue pescador toda su vida antes de trabajar como mecánico naval. El otro explica que vive en Alicante. Sólo recuerdo su apellido: Carratalá.

—Yo conozco todo el sur y levante de España —dice Vitorino—. Desde Portugal hasta el Cabo Creus. Mi padre era patrón de una trainera y allí aprendí a arreglar los motores.

Yo le hablo de los pueblos de mar de su provincia: Mazarrón, Águilas, San Javier, Los Alcázares...

—¿Ha estado usted por allí?

—De paso.

—Como pescado fino el del Mar Menor. ¿Fue usted a las golas?

—Sí.

—¿Y vio cómo lo atrapan?

—Sí.

Vitorino es hombre sensual y, al hablar de comida le relucen los ojos y parece que la boca se le haga agua.

—Vaya forma de prepararlo que tienen... Siempre lo he dicho. No hay nada en el mundo como el caldero.

Carratalá maldice la suerte que los ha llevado a Almería.

—Sale usted a las diez de la noche y ya no ve un alma. Todo cerrado.

—Para alternar, Cartagena.

—O Málaga. Éste y yo estuvimos el mes de abril reparando unos motores. Allí sí que hay vida.

El patrón viene con un plato de ensalada, cebolla, tomate y aceitunas. A mis compañeros les sirve una bandeja llena de pescado frito.

—¿Os enterasteis de lo de anoche? —dice. Y sin darles tiempo de contestar—: Los americanos esos del barco, que armaron por ahí una trifulca.

—No. ¿Qué hicieron?

—Ná, que vinieron en taxi tres, desde Almería, borrachos como zaques y, al llegá aquí, no quisieron pagá al taxista, dijeron que no tenían dinero. El chófer es un garruchero que conozco, un tronco de hombre asín que le llaman el Tarzán. Cuando vio el plan en que se ponían, el tío los tumbó a los tres groguis y les quitó las ropas, los relojes, tó lo que llevaban encima...

—¿A qué hora fue?

—No sé a qué hora sería. Hacia las cinco o las cuatro. Esta mañana el Julio vio a dos, durmiendo la mona en la playa. Dice que iban en pelota viva. El otro se largó nadando hasta el barco.

El patrón va a buscar la botella de vino y mis comensales despotrican contra los marineros.

—Es que vienen aquí creyendo que tienen derecho a todo. Una vez, en Alicante, molieron a palos a un limpia. ¡La madre que los parió!

Vitorino me pregunta si he estudiado en la Universidad y, cuando digo que sí, carraspea y me habla de Barcelona y Madrid y de unos chicos que fueron a trabajar a los astilleros durante las vacaciones de verano.

—Gente estupenda —dice—. Daba gusto oírlos. Puede que usted los conozca.

El patrón vuelve con mi pescado, el vino y un meloncete de muy buena pinta que cala antes de terciarlo.

—¿Qué tal está? —dice Vitorino.

—De primera.

Y sentados los cuatro hablamos de las cosas que pasan por el mundo y nos excitamos de tal modo que elevamos la voz, damos gritos y el patrón tiene que cerrar la puerta. Cuando salgo, los chiquillos me esperan en la plaza papando moscas y yo doy la mano a mis tres amigos y continúo el camino hacia el faro.

La carretera me orienta por las marismas. Atrás quedan las casas del pueblo, la torre en ruinas, los niños oscuros y flacos. El sol no castiga como antes y el viento es fresco. A mi izquierda los saladares cubren la superficie de la llanura. El barco de los americanos espera en alta mar que lo carguen.

Al cabo de veinte minutos de marcha se llega al poblado de las salinas. Sus casas están más apiñadas que en Gata. Hay una iglesia gris de construcción reciente, una cruz solitaria en recuerdo de los Caídos y una montaña de sal blanca, que parece de nieve. El aire huele como en las afueras de las grandes ciudades y el conjunto es de una extraña asimetría.

La carretera sigue entre los saladares y la playa, a merced del sol y del viento. Las sierras de Gata se aproximan e interrumpen el paisaje con su gran mole. A sus pies, a un cuarto de hora de camino, se encuentra un tercer poblado: La Fabriquilla, tan mísero y destartalado como los anteriores, con las calles infestadas de perros hambrientos y de niños que corren dando gritos y se revuelcan en la aguacha.

Tengo sed y entro a tomar una copa en el bar Viruta. El anís que dan es seco y lo bebo de un latigazo. Fuera, las últimas casas del poblado faldean la sierra. Los zaguanes están llenos de gente que mira. En la montaña hay media docena de cuevas de aspecto sórdido y un hombre trepa hacia ellas llevando un crío entre los brazos.

Cuando subo el camino del faro, el paisaje sufre una transformación. La sierra se desploma verticalmente sobre el mar y las olas descarnan el acantilado con furia.

A medida que cobra altura la carretera, el horizonte también se ensancha. El sol brilla, pero ya no da calor. Las corrientes marinas forman hileros que cebrean la masa azul inmóvil y los farallones de la costa emergen como morsas, festoneados de espuma.

La sierra es ocre, desértica. Su vegetación se reduce al palmito, que los almerienses emplean para fabricar escobas y esteras, y cuyo cogollo, blanco y sabroso, se consume, importado de África, en todos los países de Europa, donde es más estimado que el espárrago.

Media hora de camino por curvas cerradas y el faro de la Testa del Cabo aparece de pronto, uno de los más hermosos faros del mundo, sin duda. Las montañas lo aíslan enteramente de tierra y, batido día y noche por el mar, se yergue, solitario y agreste, atalayando la costa del moro, vigía fiel, hoy, de tempestades y naufragios, ayer de desembarcos berberiscos.

Uno piensa con tristeza que un sitio así debería ser baza turística importante y contempla melancólicamente la carretera estrecha, polvorienta y sinuosa, por la que apenas cabe un automóvil, y cuyo acceso, para colmo de la ironía, está prohibido a los coches particulares que —según leo en un cartel— no dispongan previamente de permiso.

Hoy por hoy sus únicos habitantes, fuera del torrero y su familia, son los guardias civiles que rondan frente a la playa, a un centenar de metros del faro, y una pareja de suecos desgalichados que desembarcó allí hace meses, en un taxi, con un niño rubio de ojos azules, una tienda de campaña de lona y una máquina de coser.

—*Doy ou speak English?*

—No.

—*Parlez-vous français?*

—No.

—*Parlate italiano?*

La comunicación es imposible y marido y mujer se contentan con sonreír.

Un guardia civil que ronda por la playa con cara de aburrido me dice que el hombre es un apasionado de la pesca submarina, que por allí es muy abundante.

De vuelta hacia el pueblo pienso que los suecos deben ser algo locos para venir con todos sus trastos desde su país y cuando, a la noche, hablo de ellos con el amo de la fonda donde comí a la mañana y aventuro mi opinión, a mi amigo le brillan los ojos y dice simplemente:

—Locos, sí; y mucho más de lo que usted se figura.

— VII —



Un caserío junto a Las Negras. La imagen de África se impone al viajero.

Entre el Cabo de Gata y Garrucha media una distancia de casi un centenar de kilómetros de costa árida y salvaje, batida por el viento en invierno, y por el sol y el calor en verano, tan asombrosamente bella como desconocida. Hay acantilados, rocas, isletas, calas. La arena se escurre con suavidad entre los dedos y el mar azul invita continuamente al baño.

Los solitarios pueden acampar en ella sin riesgo. Los turistas que bajan por la nacional 340 no se aventuran nunca más allá de Garrucha. No se ven veraneantes del país, y los raros forasteros que la visitan son ricos franceses o americanos que desembarcan desde un yate, o —como la pareja de suecos que encontré en el faro— aficionados a la pesca submarina.

El proyecto de carretera costera se interrumpe al sur de Mojácar y, para llegar a los pueblos de la orilla —San José,

Escuyos, La Isleta, Ermita de Rodalquilar, Las Negras, Agua Amarga, Carboneras—, se ha de tomar la comarcal del interior, que comunica con ellos a través de una red de caminos que parten desde Níjar y el cruce de Rodalquilar como las varillas de un abanico, alejándose unos de otros a medida que aumenta el radio de la distancia.

El tercer día de viaje me puse en marcha habiendo decidido previamente el itinerario. El patrón de la fonda de Cabo de Gata me había indicado un camino por en medio de la sierra, que unía las salinas con San José y, cuando me levanté de buenas para aprovechar la fresca de la mañana, el sol no apuntaba aún sobre los campos.

Eso del adagio de «a quien madruga Dios le ayuda» me ha parecido siempre un engañoso, y mi impresión se confirmó aquel amanecer en Gata. Por la plaza deambulaban sombras flacas y mal vestidas, había un acento de desesperación en los rostros y, mientras me alejaba del pueblo hacia los saladares, pensé que quien inventó el refrán debió levantarse toda su vida a las once —hora en que suelen ver el sol aquellos a quienes el cielo colma con sus dones— y que lo de madrugar lo dijo, probablemente, con ironía.

El patrón me había hablado también de una carreta, propiedad de un tal Argimiro, que todas las mañanas iba y venía de las salinas al cortijo del Nazareno.

—Dígale que es usted amigo de Gabrié, el de la fonda, y le llevará a Boca de los Frailes. De allí a San José hay cuatro pasos.

Argimiro vivía a la entrada del pueblo y, a los pocos minutos de llegar y dar vueltas, acabé dando con él. Le transmití el recado de Gabriel, tal como éste me había dicho, y Argimiro, que todo lo que tiene de feo lo tiene de amable, puso los arreos a la mula, recogió las espuelas y me invitó a subir en el carro.

—De mó que es usté amigo del Gabrié —dijo cuando arrancamos—. ¿Qué tal le van las cosas?

—Creo que bien.

—¿Y a la mujé?

—También.

—¿Estaba usté en su casa cuando lo de la sueca?

—No.

—Hay un matrimonio con un niño que acampa en el faro...

—Sí, les vi ayer.

—Pues ná. La sueca se lió con el Gabrié y la mujé los enganchó a los dos en la playa y armó la de Dios es Cristo.

Argimiro sonríe ladinamente y enseña sus dientes grandes y picados.

—Tal como se lo digo. Y el sueco sin enterarse.

La carreta en que viajamos es pequeña y rústica. Sus adrales son dos tablas de madera reforzados con un álabe. Las limoneras están pintadas de rojo y cuando las ruedas encallan en las albardillas del camino, la mula se detiene y Argimiro tiene que sacudirla con el látigo.

Los salineros recorren la marisma con sus taleguillos y sombreros de anchas alas. Se diría una bandada de aves a punto de emprender el vuelo. El sol brilla siempre para ellos y parecen ignorar la fatiga. Algunos llevan la ropa hecha jirones y, al cruzarse con nosotros, responden al saludo de mi compañero con un movimiento imperceptible de los labios.

Pasadas las salinas, el camino sortea los estribos de la sierra. El suelo es ocre y atravesamos unos añojales. Hay eriales, barbechos, campos de cebada y de trigo. Para no empobrecer la tierra, los agricultores siguen un sistema de rotación y, después de dos cosechas, el campo disfruta de un largo descanso.

—La semana pasá hubo una moto que se estrelló contra aquella linde.

Argimiro explica que había baile en un cortijo, cerca de Albaricoques y el dueño de la moto —un amigo suyo— conducía medio borracho.

—Siempre que hacen una fiesta de ésas ocurre alguna desgracia.

—¿Por qué?

—Aquí, la gente no baila agarrá como en las capitales. En los cortijos, la costumbre es tocá fandangos pa que los bailen las mujeres y los mozos inventan la letrilla diciendo, por ejemplo, la que prefieren o la que les parece más guapa. Hasta hace poco tiempo, tós los noviazgos ligaban asín. Pero el mocerío de esta parte es mú bruto y a la que uno lleva dos copas encima, le da por soltá verdaes con música y faltá a los otros, y ya la tié usté armá. Que si ladrón, que si embustero, que si tu padre, que si el tuyo y, al finé, acaban llegando a las manos.

El día promete ser caluroso. El sol se eleva poco a poco sobre los cerros y la calina empieza a enturbiar el paisaje. La avena del borde del camino se alheña y, después de la ventola de la víspera, el aire está quieto, como estancado.

—Chispeará —dice Argimiro amusgando la vista hacia las cumbres—. Cuando hay nubes en esos picos, el cielo no tarda en enfoscarse.

—Buena falta haría —digo yo—. ¿Cuánto tiempo hace que no llueve?

—No sé, meses. En marzo cayeron cuatro gotas, pero ná. El alcalde dijo el otro día que si continuaba asín, tendríamos que sacar el santo.

La nava es amplia, de color rojo. Argimiro nombra los picos de las montañas y los arbustos que medran en la tierra. A nuestra izquierda hay unos trigales con las mieses acamadas.

El camino está lleno de baches y los maderos del carro zangolotean.

—¿De quién son esos campos?

—De don José González Montoya. Tó San José y el Cabo de Gata es suyo.

Argimiro habla bajando la voz y le contesto de igual manera y, mientras la mula avanza penosamente por el llano, intercambiamos confidencias hasta enardecemos y nuestras historias son siempre las mismas y acabamos por callarnos.

El sol se ha apoderado plenamente del paisaje y flamea en lo alto, como un chivo. No corre ni una chispa de aire. La tierra humea. En el silencio de la nava el mido del carro suena de modo extraño. Somos los únicos seres humanos en varios kilómetros a la redonda y un lagarto que parece de goma asoma la cabeza entre los canchales y nos observa con sigilo. Media hora después, el pardo de la montaña amarillea a trechos y Argimiro explica que nos acercamos a las minas.

—¿Minas? ¿De qué?

—De plomo.

—¿Las explotan?

—No. Están abandonás.

Según me dice, la región conoció un período de prosperidad antes de que él naciera. Entre Boca de los Frailes y San José había media docena de minas de plomo y manganeso y la gente no tenía que emigrar como ahora para buscar los garbanzos. Pero, a primeros de siglo, las minas cerraron una tras otra. Las compañías extranjeras licenciaron al personal y, desde entonces, los pueblos habían quedado desiertos.

Yo me acuerdo de Garrucha, con sus fábricas y fundiciones en minas, y pienso que la crisis minera de Almería debió ser fenómeno bastante generalizado. En todos los hogares de la provincia se la recuerda como una verdadera calamidad.

La Historia entera parece dividirse en dos épocas, de riqueza una y penuria la otra, separadas entre sí por el cataclismo sobrevenido aquellos años. De las numerosas explicaciones que he oído acerca de su origen y causas posibles —incuria de los gobiernos, inadaptación a los modernos métodos de explotación, competencia industrial catalana, etc.—, ninguna me ha satisfecho totalmente y, esperando que alguien más indicado que yo las complete algún día, invito a recorrer a los estudiosos los antiguos centros mineros de la provincia, con sus casas en ruinas, sus plazas desiertas y sus galerías y pozos anegados.

—Bueno, ya ha llegao usté. No tié más que tirá a la derecha, por Boca de los Frailes y, en menos de media hora, se planta usté en San José. Yo continúo a la izquierda hasta el cortijo del Nazareno.

La mula se para al llegar al cruce y doy las gracias a Argimiro y bajo de la carreta. El paisaje recuerda el de Albaricoques: la tierra es parda, hay campos de cebada y guayules, y el verde de las higueras alterna con el de los nopales.

Boca de los Frailes está a la izquierda del camino. Es un caserío minúsculo, formado por una docena de cortijos rectangulares y blancos. Veo pozos cubiertos, palmeras, mujeres montadas en borricos. En primer término, un seto de agaves recién podados se ciñe al borde de la cuneta.

Debe ser apenas las nueve de la mañana y el sol calienta como si fueran las doce. La carretera baja lentamente por la nava, pero el litoral no se columbra todavía. Las montañas se interponen entre el llano y el mar como gigantescas bestias acostadas y amurallan el horizonte con su testuz alto, sus grupas redondas, sus lomos macizos y lisos.

Después de un cuarto de hora de descenso surge un nuevo poblado, esta vez a la derecha. Se llama Pozo de los Frailes, tiene escuela y parece más grande que el anterior. En la orilla del camino un asno con los ojos vendados tira de la marrana

de la noria. El malacate gira poco a poco y los cangilones emergen del pozo llenos de agua y la vuelcan en la pila.

Los niños se apandillan para verme y algunos corren a avisar a sus madres. «Un forastero, un forastero», gritan. Las mujeres se asoman por los zaguanes, hay atmósfera de expectación. Algo intimidado, finjo mirar las nubecitas que se condensan en las sierras y emprendo la retirada. El interior de las casas parece vacío y en una veo un viejo durmiendo en el suelo. La parva de chiquillos me sigue, atenta al menor de mis gestos. En la carretera me cruzo con un hombre que lee el periódico y, bajando la voz, los niños explican que es el alcalde.

—¿A cuánto queda San José? —pregunto.

—A seis horas —dice uno.

Pero los demás protestan y le dan empujones, y de la algarabía de voces que sigue no logro sacar nada en claro.

—Adiós.

—¿Se va?

—Sí.

—¿No va a volvé?

—Luego.

Los chiquillos me miran mientras me alejo. Los más pequeños van enteramente desnudos y uno rubio, muy guapo, lleva una chaqueta raída de adulto, abotonada como un gabán.

La carretera baja todavía y en los márgenes hay huertos y campos de cebada. Tres hombres meten hojas de pita en una desfibradora y extienden la trama que sale encima de una estera. Al pasar, me dan los buenos días a coro. El camino se cuele por el alfoz. Cien metros más y el mar aparece de pronto, baldeando una playa de arena negruzca. El virazón cimbreo el tallo de unas cañas. San José se asienta en la colina, a la derecha.

Es un pueblo triste, azotado por el viento, con la mitad de las casas en alberca y la otra mitad con las paredes cuarteadas. Arruinado por la crisis minera de principios de siglo, no se ha recuperado todavía del golpe y vive, como tantos pueblos de España, encerrado en la evocación huera y enfermiza de su esplendor pretérito. El viajero que recorre sus calles siente una penosa impresión de fatalismo y abandono. Más que en ningún otro lugar de la provincia, la gente parece haber perdido aquí el gusto de vivir. Hombres y mujeres caminan un poco como autómatas y, al tropezar con el forastero, aprietan el paso y le miran con desconfianza. En San José hay una escuela, edificada según el modelo único de la región. Al pasar por su lado descubro que está vacía. La iglesia es pobre y su interior tiene cierto encanto. En la plazuela dormita el autobús que cubre diariamente los treinta y seis kilómetros que separan el pueblo de la capital. Siguiendo el camino, sobre un mar violento y encrespado, se llega a la casa-cuartel de los civiles, sólidamente plantada en la roca.

Mi paseo ha durado apenas veinte minutos cuando salgo del pueblo. La caminata me ha hecho transpirar abundantemente y, antes de proseguirla, atravieso unos maizales y voy a bañarme a la playa.

El mar es menos agradable allí que en el golfo de Almería y, tumbado en la arena, contemplo amodorrado una de esas torres de vigía, llamada de Cala Figuera, construidas hace siglos para prevenir las incursiones berberiscas y que se ven aún, como un símbolo de nuestras iniciativas, aplicadas siempre con retraso, en toda la costa mediterránea de España.

Después, subo la carretera por la que había venido y, a la entrada de Pozo de los Frailes, tuerzo por la rambla a la derecha. Un turismo me sigue a los pocos minutos y, cuando agito el brazo, frena bruscamente.

— VIII —



Sobre las rastrojeras hay un molino de viento abandonado. Relejes y baches impiden avanzar más deprisa y el terral rastrea los zarzales y levanta remolinos de polvo.

—¿Adónde va usted?

Por la ventanilla posterior del coche asoma la cabeza un hombre de mediana edad, enjuto, de rasgos secos. Viste traje de color verde oscuro, camisa listada, corbata negra.

—Adonde ustedes vayan.

—Este camino lleva a Escuyos, al borde del mar. ¿Lo conoce usted?

—No, señor.

—Entonces suba. Ya ajustaremos el precio luego.

El que maneja el volante abre la puertecilla y me invita a sentarme atrás, con el otro. Arrancamos.

—¿Forastero?

—Sí.

—La región es muy pintoresca. Ya verá. El año pasado se la enseñé a unos franceses que conocí en la Venta Eritaña y volvieron entusiasmados.

El chófer me espía por el retrovisor. Es pelirrojo, pecoso, de cejas anchas y ojos saltones, oscuros. Durante todo el viaje no dice palabra.

—Si hubiese una buena carretera los turistas vendrían como moscas. Este litoral es mejor que el de Málaga y la vida mucho más fácil que allí. Por tres mil pesetas se puede usted comprar una casita de pescadores. La gente emigra y vende por nada.

Los alberos se suceden desnudos y lisos. Las cigarras zumban borrachas de sol. El suelo de la rambla es pedregoso y el automóvil avanza dando tumbos.

—Yo, en menos de diez años, he adquirido un pueblo entero. Ya se lo enseñaré a usted. Está después de Escuyos.

En uno de los meandros del camino cedemos el paso a un tropel de ovejas. El zagalillo parece un cachorro desmadrado. Apenas mide un metro de alto y se gana ya la vida.

—Aquí los chavales empiezan a trabajar a los siete años — comenta mi vecino.

—¿No van a la escuela?

—Los padres no les dejan y, a su modo, tienen razón. El hambre les espabila más aprisa.

Mientras nos alejamos del rebaño y de la triste silueta del pastorcillo, mi vecino me habla del atraso de la provincia y se desahoga contra los andaluces.

—En Castilla y el Norte la gente es educada y sabe el valor de las cosas. Aquí no. Cuando tienen dinero lo gastan en seguida, como si les quemara los dedos. Cuanto más pobres, más generosos son.

Luego pregunta de dónde soy y, al mencionar Barcelona, la expresión de su rostro se transforma, sonríe familiarmente y, pasando al terreno de la confianza, explica que fue una vez de viaje con su difunta esposa, durante la Exposición Universal del año veintinueve.

—Qué ciudad. Siempre he deseado volver a verla. Si no fuera por los malditos negocios...

El sudor le empapa la frente y lo enjuga con el pañuelo. Por la ventanilla penetra un viento cálido.

—En Andalucía dicen que los catalanes son agarrados, pero es envidia. Lo que ocurre es que trabajan y conocen el valor del dinero. Todo lo contrario de aquí. Yo, cada vez que veo a un hombre espléndido, pienso que debe ser pobre.

Mi vecino me mira y sonríe, y yo le devuelvo la mirada y sonrío también.

—En mil novecientos treinta y seis quería ir otra vez allí a pasar las vacaciones, pero la Revolución me lo impidió. Figúrese usted que tenía sacado hasta el billete.

La solina se ceba en los trigales como un animal famélico y él me habla de las atrocidades de los rojos y las persecuciones que sufrió durante la guerra.

—Ustedes, los jóvenes, no lo pueden imaginar. Propietarios, sacerdotes, personalidades, las cárceles estaban llenas. Al señor obispo de Almería le obligaron a palear carbón.

Afuera, la calina embruma los campos. La tierra parece calcinada y las nubes coronan los picos de la sierra. El automóvil sorteja los berruecos del camino y el chófer frena para cruzar una zanja.

Nos acercamos a un poblado rodeado de huertos. La mitad de las casas se baten en ruina y una chica cubierta como una mora se asoma a ver. La bocina asusta a las aves de corral. Los

gallos huyen con la cola espadañada y estamos a punto de atropellar a unos polluelos.

Después del caserío, la vista se despeja. El suelo es cada vez más pedregoso. Los cuervos se ciernen inmóviles en el cielo. Sobre las rastrojeras hay un molino de viento abandonado. Relejes y baches impiden avanzar más deprisa y el terral rastrea los zarzales y levanta remolinos de polvo.

Al cabo de unos minutos avistamos el mar. El camino se abre paso a través de la gándara y Escuyos surge, de pronto, a la derecha. Es un poblado mísero, asolado por los vendavales, cuyas casas crecen sin orden ni concierto, lo mismo que hongos. No hay calles, ni siquiera veredas que merezcan tal nombre. El coche encalla en un regajo y nos apeamos frente a la escuela^[2].

—Venga, le enseñaré el castillo —dice mi acompañante.

El viento hace casi perder el equilibrio y trepamos a gatas por las rocas. El oleaje choca sordamente contra la playa. El mar está rizado como un campo de escarola y el aire huele a podrido y a brea.

El castillo se alza sobre unos peñascos, al borde del litoral. Parece hermano gemelo del de Garrucha, pero nadie se ha ocupado de él y está medio en ruinas. Los torreones se mantienen apenas de pie y lo que se conserva del parapeto es sólo un recuerdo nostálgico.

—Cuando era niño —dice mi acompañante—, venía a jugar siempre aquí. La torre del homenaje no había caído todavía y las almenas estaban intactas.

Al dar la vuelta al recinto me explica que, treinta años antes, los propietarios veraneaban en él y organizaban recepciones y bailes.

—Me acuerdo como si fuera ayer del día en que se casó doña Julia. En la explanada había más de cien coches y los invitados no cabían en la capilla.

Ahora la hierba medra en medio del patio y los lagartos toman el sol sobre las piedras. La capilla se ha convertido en corral; la puerta está cerrada con candado y, dentro, se oye cacarear a las gallinas. La antigua habitación de los dueños dormita en la penumbra y, cuando quiero visitarla, mi acompañante me lo impide.

—No entre usted.

—¿Por qué?

—Está negro de pulgas. El año pasado me asomé una vez y estuve rascándome todo el día.

Al salir topamos con el cabo de los civiles. Es hombre de una cuarentena de años, bajo y corpulento, con la piel curtida por el sol y el rostro picado de viruelas. Debe haber escalado la cuesta a trancos y el sudor le chorrea por la cara.

—¿Cómo va usted, don Ambrosio?

Mi acompañante responde que va bien.

—He visto su auto frente a la escuela y Paco me ha dicho que estaba usted aquí.

—Habíamos subido a dar una vuelta y nos volvíamos ya.

—Pronto se ha cansao usted hoy, don Ambrosio.

—Es el castillo, que no da más de sí.

—Eso es bien verdá.

—Precisamente le estaba contando a este señor cómo lo conocí siendo niño. Con las almenas, la torre del homenaje, la capilla en que se casó doña Julia...

—Que sí, que tié usted razón.

—Siempre he pensado que hubiera hecho un magnífico cuartel para ustedes. En lugar de gastarse los cuartos edificando uno nuevo hubiesen podido habilitarlo, como el de Garrucha...

—Sí, señó.

—Les hubiera salido incluso más barato.

—Sí, señó.

—En fin, mejor no hablar. Cada vez que lo pienso me da grima.

Los muros del castillo nos resguardan del viento y saco la cajetilla de tabaco.

—¿Fuman?

—Gracias —dice el cabo.

Don Ambrosio vacila, pero acepta también.

—Caray. Por una vez, no creo que pase nada...

Regresamos hacia el coche. Don Ambrosio se lamenta del tiempo y el cabo parece caviloso. En dos o tres ocasiones le veo mover los labios como para comenzar una frase, pero se interrumpe.

—Bueno, Elpidio —dice don Ambrosio, preparando la despedida.

El cabo desabrocha el barbuquejo del tricornio y sonrío.

—¿Se acordó de aquello que le dije, don Ambrosio? —Su voz es más ronca, un poco forzada.

—Sí, claro. La semana pasada telefoneé a su secretario y prometió llamarme un día de éstos.

—Muchas gracias, don Ambrosio.

—Cuando sepa algo, ya se lo diré.

—Muy bien, don Ambrosio.

—Hala, hasta la vista.

—Adiós. Que tengan ustés buen viaje.

Arrancamos, y el coche retrocede por donde había venido y atraviesa la rambla. El sol continúa empingorotado en el cielo. Las palmeras alean como pájaros desplumados. Escuyos

queda atrás, con sus casuchas grises y su castillo en ruinas y, escalado el primer teso, el camino se desmanda.

La sierra no bordea el litoral como en San José y baja suavemente, hasta fundir con las lomas. El rigor del clima reduce el arbolado a su más mínima expresión. Hay zarzales, palmitos, alguna chumbera mordisqueada por las cabras. Los cerros se alinean secos, desnudos. El camino hace breves asomadas sobre el mar y, por espacio de unos segundos, entreveo un velero engolfado en el horizonte.

Ofrezco de nuevo mi cajetilla de tabaco y don Ambrosio protesta, pero termina por aceptar. Dice que se había quitado del vicio y que le voy a malear otra vez. Por la ventanilla observo un cortijo en ruinas. La vertiente está escalonada de bancales. Los jorfes se desmoronan a trechos, y parecen abandonados.

Después de zigzaguear unos minutos, el camino gira bruscamente hacia la costa. Hay un poblado de pescadores al pie del cerro formado por una veintena de casucas. Las nubes se agavillan por el sur y el cielo amenaza achubascarse.

Cuando llegamos, las mujeres lavan y cargan sus tinajas en la fuente. Los chiquillos corren medio desnudos por el fango. El automóvil contornea un grupo de chozas y el conductor frena junto a un corral.

Inmediatamente los niños nos rodean. Son quince o veinte, traviesos y sucios, como un rebaño de animales bulliciosos. La gente sale a la puerta de las casas, mujeres, hombres y, sobre todo, viejos y, antes de seguir el ejemplo de la chiquillería, me miran, preguntándose quién soy.

—Buenos días, don Ambrosio. —El anciano se descubre al hablarle y apretuja la gorra entre los dedos—. ¿Cómo se encuentra su señora mamá?

Don Ambrosio explica que se ha restablecido de la fiebre y ya no guarda cama.

—¿Y sus hermanos? ¿Siguen bien?

Don Ambrosio dice que sí, gracias a Dios.

—¿Y tú? ¿Qué tal vas?

—Asín, asín, don Ambrosio.

—¿Y tu mujer?

—Fuerte como siempre.

—Eso es lo principal, Joaquín. Cuando hay salud...

—Ya no somos jóvenes, don Ambrosio. Pasaos los sesenta...

—¡Qué le vamos a hacer!... Así es la vida.

—Eso es lo que me digo yo.

—¿Y la Filomena?

—Está muy malica, don Ambrosio —tercia una mujer—. La pierna se le ha gangrenao.

—¿Qué dijo el médico?

—Le recetó unas inyecciones, pero ná. Cá día va peó.

—¿Y el Miguel?

—Está en la casa, con ella. El pobrecito no se separa de su lao.

—Ya subiré luego a verles.

Don Ambrosio estrecha las manos callosas de los hombres y las mujeres, y a todos pregunta por su familia y, uno tras otro, los interrogados dicen que la familia va bien y se interesan a su vez por la suya. La escena se repite durante un cuarto de hora y, al fin, don Ambrosio ha cumplido con todo el mundo y sonrío y me coge amistosamente por el brazo.

—Venga, le mostraré el cerro. Hay una vista preciosa.

La gente se aparta para cedernos el paso y caminamos en silencio. Las casas están construidas a la orilla misma del mar. El cabo preserva la caleta de los vendavales y las olas no acometen como en Escuyos.

Media docena de traineras se mecen, ancladas frente a las rocas. Los viejos cosen las redes en el suelo y, al vernos, dicen los buenos días. Los cerdos gruñen en el interior de las cochineras y, suspendidos en la puerta de las chozas como si fueran talismanes, hay manojuelos de sardinas, secándose al sol.

—¿Qué le parece? —pregunta don Ambrosio cuando llegamos a la cima.

Gritando —a causa del viento— digo que me parece bien. El pueblo irradia una belleza triste, inasequible para muchos, que decepcionaría, sin duda, a los coleccionistas de paisajes sentimentales. Don Ambrosio apoya los pulgares en los tirantes y contempla su dominio, satisfecho.

—El día en que hagan la dichosa carretera, las casas cuadruplicarán de valor. En verano podré alquilarlas a los turistas.

El viento ahoga sus palabras y, al descolgarnos por la ladera, me grita que Joaquín ha ido a preparar la comida y debe avisarnos antes de media hora.

—Empiezo a tener apetito, ¿y usted?

—Yo también.

Volvemos al poblado. Por la vereda viene un hombre joven, con barba de dos o tres días y la camisa llena de remiendos. La luz le obliga a guiñar los ojos y sonrío enseñando los dientes.

—Buenos días, don Ambrosio.

—Buenos días, Juan.

Hay un momento de silencio. El hombre hunde las manos en los bolsillos.

—Mire usted, precisamente quería verle por lo de la casica que compró usted al Pascuá. En la nuestra no cabemos, don Ambrosio. Somos cinco y no hay más que una habitación. Y

entonces mi madre ha pensao que usté podría prestárnosla por dos meses mientras mi cuñao arregla la suya... Usté no desembolsa ni una perra y, a nosotros, nos haría un gran servicio.

—Si sólo fuera por dos meses, como tú dices, ahora mismo te la daba. Pero sabes perfectamente que no es verdad. Os instaláis, y luego no hay quien os mueva.

—Nosotros nos iremos cuando lo diga usté, don Ambrosio. Le doy mi palabra de hombre. Justo el tiempo de que mi cuñao ponga el techo a su casa.

—Lo mismo me dijo el Martín cuando vino a pedir la de arriba y ya viste el tiempo que se quedó. Más de cuatro años, con gastos judiciales y papeleo. No, estoy escaldado ya. A mí me gusta vivir en paz con la gente y no quiero más líos ni quebraderos de cabeza.

Don Ambrosio se vuelve hacia el forastero, tomándole por testigo.

—No es la primera ni la segunda vez que lo hacen, ¿sabe usted? Y, encima de abusar de la buena fe de uno, aún vienen con quejas y con reclamaciones.

Juan le oye con la frente gacha y don Ambrosio se sacude el polvo del pantalón.

—Además, aunque quisiera prestártela, tampoco podría. La casa es de la familia y, para decidir algo, tengo que consultar con mi hermana y mamá.

Llegando al pueblo, los chiquillos nos siguen a distancia. Don Ambrosio saca un paquete de caramelos del bolsillo.

—Tú, pequeña. ¿Quieres uno?

—Sí, señor.

—Pues coge el que más te guste.

La niña se aproxima y hunde la manita sucia en la bolsa.

—Hala, acercaos —invita don Ambrosio a los otros—. Hay para todos.

Los chiquillos forman corro alrededor, y gritan y se empujan.

—No os atropelléis, caray. De uno en uno.

El Juan se ha separado un poco de nosotros y contempla la arrebatina en silencio. La gente aguarda en la puerta de las casucas. La atención del forastero recae en una mujer gruesa, de rasgos salientes como el Juan, que camina ciñéndose la falda a las rodillas, para que el viento no la levante. La mujer se abre paso entre los rapaces y, antes de hablar, cambia una mirada con su hijo.

—Hola, Ambrosio.

—Hola, María.

—¿Te habló Juan?

—Orden. Que cada uno coja únicamente el suyo.

—Estamos apiñaícos, Ambrosio. Somos cinco y la Martina espera otro.

—Tú, devuélvele el caramelo al pequeño... ¿Decías?

—Ná más tres meses, Ambrosio. El tiempo que dure el verano.

—Tu hijo me la había pedido por dos meses, tú me dices tres y pronto serán seis, un año o quince siglos. ¿Se da usted cuenta?

La mujer me mira también de hito en hito, sin dejar de apretar la falda entre las rodillas.

—El Felipe tendrá lista la casa en septiembre. Sólo hasta entonces, Ambrosio. A ti no te cuesta ná.

—Ya sé que no me cuesta nada, mujer. Pero es el principio. Para resolver estas cuestiones debo consultar con mamá y con mi hermana.

—Pues habla con ellas.

—Yo solo no pincho ni corto. La casa es propiedad de la familia.

—¿Quiés que vayamos a verte el sábado o vendrás tú por aquí?

—Ten, dale el último a tu hermano.

—Decía si vuelves aquí pronto o prefieres que vaya yo a Almería.

—Mira, mujer. Esas cosas no se arreglan en un día, ni tampoco en quince. Ten una miajilla de paciencia. Cuando sepa algo ya te lo comunicaré por carta.

El paquete de caramelos está vacío y don Ambrosio lo hincha y lo hace explotar entre las manos. Los niños se dispersan poco a poco.

—Bueno. Se acabó la función.

Las nubes se condensan hacia el Cabo de Gata, amenazadoras y negras. Las barcas oscilan como cáscaras de nuez, y me acuerdo de la predicción de Argimiro.

—Venga —dice don Ambrosio—, iremos a la fonda.

Nos despedimos de la madre y entramos en una casa algo mayor que las otras, con los muros blanqueados y un poyo de obra junto a la puerta. Joaquín y su mujer se afanan limpiando el pescado y nos traen una botella de vino. En la pared hay una cartulina amarillenta, con las banderas española, italiana, alemana y portuguesa, y el retrato en colores de Salazar, Hitler, Mussolini y Franco. Cuando dejo el paquete de Ideales sobre la mesa, don Ambrosio sonrío y coge uno.

—Bueno. Puesto que estamos envenenados...

Al alargarle el encendedor, me enseña un tubo de vidrio que lleva en el bolsillo superior de la americana.

—Precisamente no voy al estanco para no caer en la tentación y usted lo echa todo a rodar. El médico me había

recomendado estas pastillas. ¿Quiere una?

—No, gracias.

—Está bien. Las dejaremos para luego.

Y, mientras Joaquín nos sirve un plato de gachas, me explica que el caserío es el refugio ideal de la gente que no tiene grandes ambiciones y que sus cien y pico de habitantes viven felices y en buena armonía.

—Yo, cada vez que veo a un descontento, le llamo aparte y le digo: «Fulano, tu sitio no es éste. En el pueblo se está bien, a condición de no aspirar a mucho y, si a ti te tienta el mido y el modo de bregar de las capitales, lo mejor que puedes hacer es ir a Valencia o Cataluña, porque aquí serás un inadaptado toda tu vida». ¿No es verdad, Joaquín?

—Sí, don Ambrosio.

—El año pasado pagué el viaje a dos hasta Barcelona. A un pescador y a uno que trabajaba en la mina. Casi dos mil pesetas.

—El Heredia parece que se ha echao novia. La Angelita tuvo carta de él y dice que se casa en otoño.

—Me alegro. Siempre le he tenido por un buen muchacho. Ambicioso y respondón, pero bueno.

Cuando terminamos, los viejos de fuera vienen a pegar la hebra con nosotros y, a riesgo de pasar por pobre a ojos de don Ambrosio, pregunto a Joaquín lo que se debe y pago la cuenta.

Mi acompañante aguarda a que me devuelva el cambio y se incorpora.

—Debo visitar a la mujer de uno de mis colonos. ¿Quiere venir conmigo?

—Sí.

—La pobre tuvo un aborto el pasado mes y se le ha gangrenado la pierna. ¿No será usted médico, por casualidad?

—No.

—Su marido no estaba en regla con el Seguro. Había dejado el campo para pescar y no se tomó la molestia de cambiar de papeles. Se lo dije cuarenta veces, y él, ni caso. De haberme oído, no se encontraría ahora de esa manera...

El sol se ha quitado durante la comida y el cielo es de color gris. Los pájaros vuelan a ras de suelo. La tormenta se remusga en el aire.

—Venga, por aquí.

Subimos la cuesta, escoltados por la chiquillería. Don Ambrosio hurga con un palillo su dentadura descabalada. El chófer come un emparedado en el interior del coche y, al pasar junto a éste, descubro una cesta de legumbres y un saco de patatas.

—Paco. Vaya hacia casa de la Filomena. Nos vamos a ir en seguida.

Después de la fuente, torcemos a la izquierda. Un atajo sinuoso lleva hacia un grupo de cinco o seis casucas. Don Ambrosio se para frente a la última y llama.

—¿Se puede?

—Entre.

Yo le sigo detrás. La habitación está llena de gente llorosa, sentada en círculo alrededor de la enferma. Apenas se vuelven a mirarnos.

—¿Cómo se encuentra?

—Mal.

El que responde es hombre de treinta y tantos años, nervudo y moreno. Tiene la palma de la mano apoyada sobre la frente de la mujer y la acaricia mecánicamente, como si fuera una niña.

—¿Qué dijo el médico?

—Le puso inyecciones muy fuertes, pero sigue igual. Tiene toa la pierna negra y la fiebre no baja.

La mujer nos observa sin dar señales de comprender lo que decimos. Es todavía joven y el dolor le afina los rasgos.

—Le pagamos el taxi desde el pueblo y la consulta y las inyecciones y ya ve usted.

—¿Cuándo vuelve?

—Esta tarde. El otro día dijo que, si no mejoraba, tendrían que operarla.

Los demás permanecen silenciosos. Una mujer reza y desgrana las cuentas del rosario. La habitación no tiene otro mobiliario que la cama y las sillas. En la pared hay una estampa de la Virgen alumbrada por una vela.

El tiempo da la impresión de haberse detenido y, mientras don Ambrosio prodiga frases de consuelo, los jesuseos de la mujer continúan, y los llores, y las caricias febriles y mecánicas.

—... En toa la noche no ha pegao un ojo.

—No nos oye.

—Habría que avisá al cura.

Cuando me doy cuenta estoy otra vez en el coche. El poblado ha desaparecido tras los cerros y las nubes ensombrecen el paisaje.

—¿Decía algo? —pregunto a don Ambrosio.

—Nada. Que va a haber lluvia.



Recortado contra el cielo, en un ribazo, se divisa un molino de velas, como los que giran en el campo de Cartagena, entre La Unión y Los Alcázares.

Durante el viaje de regreso, don Ambrosio me explica el carácter particular de los almerienses.

—No son como nosotros, créame. En Valladolid, por lo menos, la gente es de otra manera. Cuando alguno tiene algo contra usted, se lo dice abiertamente, a la cara. En esta tierra, no. Muchas alharacas, sonrisas y, cuando uno se va, lo ponen como a un trapo. Son verdaderamente esclavos, se lo aseguro. Ganan cuatro cuartos y ya los tiene usted en la taberna, cantando y batiendo palmas. Se mantienen con una pizca de pimienta y sardinas y, viéndolos usted, creería que han comido pollo. Todo se les va en apariencia y fachada.

Don Ambrosio parece orgulloso de sus orígenes castellanos y, mientras el automóvil deja atrás Escuyos y Pozo

de los Frailes por la carretera que altea, habla de artistas, reyes, santos y conquistadores.

Por primera vez desde que recorro el país se me ocurre que los almerienses nunca han sido protagonistas de su historia, sino más bien comparsas, resignados y mudos. Ocupada sucesivamente por fenicios, cartagineses, romanos, visigodos, Almería conoció un breve período de esplendor durante los albores de la dominación musulmana. «Cuando Almería era Almería —dice un proverbio que los viejos repiten melancólicamente—, Granada era su alquería.» Desde su conquista por los Reyes Católicos la región ha sufrido una ininterrumpida y patética decadencia. La monarquía española le envió sus gobernadores y alcaldes, pero Almería no se integró verdaderamente en España. Los almerienses regaron con su sangre las posesiones de Europa, África, Oceanía y América y su sacrificio no aportó ninguna compensación a su patria chica. La tala de bosques, la emigración, transformaron en el desierto de ahora su antiguo paisaje. Colonizada por el poder centralista de los Borbones —como luego lo fue por la industria extranjera o catalana—, Almería fue descuidada por reyes, ministros, reformadores, escritores. Una leyenda de incompreensión y olvido debía mantenerla alejada de todos los movimientos renovadores que en España se produjeron. En el siglo XVIII era ya la cenicienta de nuestras provincias y, cuando los escritores del noventa y ocho se echaron a andar por los caminos y tierras de la península, se detuvieron en sus límites y no juzgaron empresa digna de su talento el empeño de defender su causa. Como siempre, continuó ofrendando sus hijos al país: almerienses pequeños, de facciones terrosas, pelo oscuro y mirada centelleante, vestidos, sin duda, con las mismas ropas usadas de sus descendientes actuales. Nunca habían sido grandes conquistadores como los castellanos o extremeños, navegantes intrépidos como los gallegos o vascos, ni comerciantes de fortuna como los sevillanos o catalanes. Su aportación fue casi siempre anónima. Formaron la callada tripulación de los galeones, la sufrida tropa de los ejércitos, la

mano de obra oscura y abnegada. Y si Almería figura poco en los manuales de Historia, allí donde en una época u otra los españoles pusieron pie, las fosas comunes del mundo entero contienen sin duda un buen porcentaje de almerienses.

Mientras don Ambrosio sigue hablando de Castilla y el carácter noble y leal de sus paisanos, el coche se ciñe a las revueltas del camino, más allá del cortijo del Nazareno. El chófer fuma sin decir palabra y, de vez en cuando, me observa por el retrovisor. Los espartizales se barajan con los campos de trigo sobre la tierra ocre. De pronto, llegamos a Los Nietos. Don Ambrosio debe cumplir una visita antes de volver a la capital y aprovecho la ocasión para continuar hacia Las Negras y Carboneras. Durante unos minutos zigzagueamos por la paramera que atravesé dos días antes en el camión de los mineros de Rodalquilar. Al llegar a Los Pipaces, el chófer tuerce a través del llano y recorremos un paisaje desconocido salpicado de blancos cortijos, tempranales, pozos cubiertos, chumberas. Un gitano se cruza con nosotros montado sobre un borrico. El chófer da un bocinazo y el animal se espanta. Por la ventanilla de atrás, a medida que nos alejamos, le veo trotar envuelto en una nube de polvo.

Instantes después, el chófer se detiene. Una doble hilera de eucaliptos orienta hacia un cortijo situado a trescientos metros de la carretera. El viento sacude las hojas de los árboles y el piso del camino parece en buen estado. En la haza trabaja un tractor. Estamos en el cruce de la carretera de Níjar a Las Negras.

—Bueno —dice don Ambrosio—. Ya hemos llegado.

Hago ademán de sacar la cartera del bolsillo, pero don Ambrosio me lo impide.

—En modo alguno, mi querido amigo. Puesto que usted me ha invitado a comer, esto corre de mi cuenta.

—Se lo agradezco, entonces.

—No tiene que agradecerme nada. Siento no poderle llevar más lejos, pero debo visitar a un amigo. Un salmantino que fue delegado provincial después de la Cruzada. Hace años se retiró a los negocios y amasó una gran fortuna. Ahora se dedica a comprar tierras.

Don Ambrosio me estrecha la mano y el automóvil se pierde en el camino, tras el espeso telón de los árboles. En el campo de Níjar, los postes de la electricidad se suceden, achicándose, como las púas ralas de un peine. Los cortijos se escaquean sobre el llano con su inevitable decorado de trebejos, aljibes, pitas, chumberas. Hay hazas sembradas de esparto y cebada, y trigales que empiezan a aborrajarse. Poco a poco, la carretera repecha hacia las cordilleras de la costa. Los borricos senderean por los tajos, en la falda de la montaña. La pendiente está llena de vericuetos y las nubes envuelven en un turbante gris y sucio los picos de la sierra.

A la media hora escasa de camino se llega a Fernán Pérez. Queda a la derecha de la carretera, en un declive escalonado de jorfes, y los casquetes enjalbegados y palmeras le dan una fisonomía muy africana. Recortado contra el cielo, en un ribazo, se divisa un molino de velas, como los que giran en el campo de Cartagena, entre La Unión y Los Alcázares. Antigualmente había muchos en la región, pero, en la actualidad, casi todos se baten en ruina. El de Fernán Pérez rueda aún, con un crujido sordo y, desde lejos, parece una flor de pétalos inmensos y abarquillados. La población del lugar vive de la agricultura y la mina de oro de Rodalquilar. A la salida del caserío, junto a un arroyo orillado de álamos, una cola de mujeres con aguaderas y borricos recogen agua de la fuente.

El camino rastrea un terreno quebrado y desértico, de olivos esmirriados y raquíticos y paratas sembradas de chumbares. Luego, a medida que aumenta la altura, la vegetación desaparece. Todo es ocre, sin variedad alguna, y las nubes filtran una luz áspera, amarillenta. Un carro va delante mío, con el arriero tumbado a la bartola. El jamelgo conoce el

trayecto de memoria y lleva el paso sin inquietarse. De improviso asomamos a un valle estrecho. Al bajar, la carretera zigzaguea. Por las revueltas distingo varios hombres con chaqueta y sombrero y pienso que debe haber una feria por los alrededores. Camino a trancos, aprovechando la pendiente y, a la vuelta de una curva, avisto un nuevo poblado. En el plano encuentro su nombre: Las Hortichuelas. Se compone de una veintena de casucas rectangulares y blancas, entre las que destaca sólo la moderna construcción de la escuela. Las palmeras medran en el valle cultivado y, más allá de los molinos en ruina y las norias maltrechas y abandonadas, se columbra —y es como un barrunto— la presencia del mar.

Al final de la cuesta se llega a un cruce. A la izquierda, la carretera lleva a Las Negras; a la derecha, a La Ermita y Rodalquilar. Tomo el camino de la izquierda, tras un grupo de hombres endomingados, y el mar aparece al poco, vetado de estrías blancas. Atravesamos una rambla frente a una cáfila de cortijos desmoronados y en alberca. Los hombres andan deprisa, como si temieran llegar con retraso y, a mi lado, uno se sujeta el sombrero para que no le vuele. Cuando me doy cuenta, estoy ya en el pueblo. Las Negras se asienta en el centro de la bahía y su aspecto asolado y ruinoso me recuerda el de Escuyos o San José. En la única calle trazada hay un bar y un estanco, los cerdos gruñen en el interior de las cochiqueras y el mar alborota y da tumbos sobre la playa. Los de Fernán Pérez se zampán en el portal de una casa y me aproximo también.

—Buenos días.

Quien me habla es mozo de veintitantos años, rubio, de facciones terrosas. Lleva una camisa rota, fuera del pantalón y la gorra ladeada sobre la frente.

—¿Es usted el chico catalán que fue en camión hasta Los Pipaces...?

—Sí.

—No sé si s'acuerda usted de mí. Yo continué hasta Agua Amarga con los otros. Me llamo Juan Gómez. ¿Me permite invitarle a bebé?

—Con mucho gusto. ¿Aquí?

—No, cruzá la calle. Aquí están d'entierro. El hijo se les murió antier.

El mozo me arrastra al bar cogido del brazo. Una mujer trajina al otro lado del mostrador y, al encararse con nosotros, su hermosura me enciende la sangre. Como muchas mujeres del país, tiene el cabello negro y la tez muy blanca, la boca de trazo regular, y los ojos azules, impregnados de melancólica tristeza. Todavía es joven y algo, en su mismo esplendor, me advierte que se está marchitando. El trabajo cotidiano, la maternidad, la convertirán, dentro de pocos años, en una de tantas almerienses resignadas y mudas que, en los zaguanes de las casas, observan el paso de la gente con una expresión furtiva y desencantada. La suerte se muestra dura con ellas. Su belleza se agosta con el matrimonio y, antes de que tengan tiempo de comprender por qué, son viejas enlutadas como sus madres, frutos arrugados y secos, que nada pueden esperar de la vida.

—¿Qué quieren? —dice. Sus ojos pillan enfrente de los míos.

—Pónganos media botella de vino.

Juan y yo bebemos acodados en la barra del mostrador, bajo la mirada recelosa de un hombrecillo calvo y el brigada de los civiles. Sin hacer caso de nosotros, la mujer desaparece por la trastienda.

—¿Es usted rico? Bueno, quería decí ¿ha seguíó estudios?

Juan me contempla faz a faz y se humedece los labios febrilmente.

—Aquí nos estorba lo negro, ¿sabe usted? Yo mismo no sé leé ni escribí, pero soy hombre iguá que usted y pensé que si en

Cataluña...

El hombrecillo calvo de la mesa y el brigada se abocan con nosotros y, tras unos segundos de vacilación, preguntan si soy forastero.

—Sí, señor.

—Pues ha escogido usted mal día. Si el viento no cambia, va a llover a chuzos.

—En agosto, esto se anima —dice el brigada, deslizando una mano blanca sobre los lamparones de la guerrera—. Este año va a celebrarse por aquí el concurso nacional de pesca submarina y vendrá personal hasta del extranjero.

—La costa es magnífica —explica el hombrecillo—. Lo que falta es un poco de empuje, un poco de propaganda. Aquí la gente vive muy bien. Si hicieran la carretera de una vez vería usted cómo se ponía esto de franceses. Por suerte, el gobernador se ocupa en el asunto y, pronto, tendremos electricidad.

Les invito a liar un cigarrillo y como Juan bebe y se desentendiende de la charla, pago la botella a la mujer y, aunque sin vela, como dice el refrán, decido mezclarme en el entierro.

La casa del difunto parece mayor y más rica que las otras. Al acercarme al umbral percibo la llantina de las mujeres. Los hombres están sentados en banquetas, muy compuestos y dignos, y veo algunos mozos arrodajados por el suelo. La familia se halla en otra habitación velando al muchacho y un coro de viejas se esfuerza en consolar a la madre. «La vía es eso», dicen; o «No somos ná»; o «Tós tenemos que pasá pol tubo», y van de un sitio a otro zaparrastrando faldas, aspándose a gritos, manifestando su dolor con un teatral abaniqueo de las manos.

Uno de los visitantes de Fernán Pérez me explica que el chico se tiró cinco años en la Legión por despecho amoroso y, al volver al pueblo a vivir con los suyos, una enfermedad le llevó a la tumba en menos de cinco días.

—Vaya forma de morí... ¿Lo conocía usted?

—No, soy forastero.

—Aquel del rincón es el padre.

Siguiendo la dirección del dedo contemplo a un hombre ya en días, que ensopa un mendrugo en un plato de vino. A su lado, una chica aparta las piedrecillas de una haldada de habichuelas. Aunque la luz es buena, las viejas preparan los candiles para la noche.

Cuando el sacerdote llega todo el mundo se pone de pie y, al cabo de un breve cabildeo con la familia, los jóvenes cargan el ataúd sobre los hombros. Desde la calle se oye el gemido de las mujeres. La comitiva se pone en marcha por el mismo camino por donde vine: hombres, vestidos de negro, viejos, amigos del difunto, chiquillos. El cielo tiene ahora el color del hollín y el viento sopla húmedo y salado.

El de Fernán Pérez es pariente lejano de la familia y, mientras andamos, me traza una biografía del muerto:

—No tuvo nunca suerte. Sus padres son gente acomodé. ¿Quién le mandaba meterse en la Legión?

Le digo que el hombre no es siempre responsable de sus actos, pero me mira sin comprender:

—Él, sí. Se fue allí porque le dio la reá gana. Cabeza perdía que era.

Al doblar por la carretera de La Ermita —hacia el palmeral, el poblado y las ruinas del antiguo castillo—, cae el primer relámpago. La tempestad se condensa sobre nosotros y, sin necesidad de ponernos de acuerdo, todos caminamos aprisa. El camposanto se encuentra a doscientos metros, en medio de la haza: cuatro paredes blancas y una verja de hierro. No es bello, como el de Almuñécar —con sus nichos adornados con botellas de cerveza y las lápidas cubiertas de inscripciones trazadas de acuerdo con la fonética andaluza—, ni trágico como el de Gérgal —en donde las cruces negras se

cobijan bajo diminutos arcos encalados, como en una composición de película expresionista—; es un cementerio tan desnudo como el paisaje que lo circunda, sin flores, sin cruces, sin lápidas, en el que las tumbas se excavan en el mismo suelo y se reconocen por un simple montoncillo de piedras. En Las Negras, la muerte es también anónima. El único nicho que se conserva carece de inscripción y una lápida que, finalmente, descubrí junto a un foso, data de los años de la guerra y está partida en dos.

La ceremonia se efectúa a la luz de los relámpagos y, al acabar, es la desbandada. La gente corre, temiendo la lluvia, y el sacerdote y la familia quedan rezagados y nadie se acuerda de ellos. Al cruzar la arroyada, el de Fernán Pérez propone acompañarme en motocicleta. Digo que sí porque quiero atrapar el coche de línea de Carboneras y, al llegar al pueblo, Juan sale del bar y me corta el paso.

—¿Aónde vas? —dice. Está bebido.

—Me voy ya. El amigo se ha ofrecido a llevarme en su moto y tengo que marcharme.

—Sácame d'aquí.

El de Fernán Pérez pone en marcha el motor, pero Juan no se mueve.

—Vendré otro día —digo. Es una mentira piadosa, horrible.

—No, ahora. Soy hombre como tú. En Barcelona... — quiere añadir algo, pero su lengua trastabilla.

—Anda, que tenemos prisa —dice el de la moto. Juan me observa sin oírle, cara a cara.

—Sólo tengo mis manos —dice—. Míralas.

Del bar asoma otro hombre y le tira del brazo.

—Hala, deja. ¿No ves que estás estorbando?

—El chico es amigo mío.

—No es amigo tuyo —le corta el otro—. Se va, y ni siquiera sabes cómo se llama.

—Mis manos.

El de Fernán Pérez arranca con la moto. Me alejo de Juan, y ya no se las miro.



De Níjar a Carboneras, en lo que abarca la vista, no se ve un solo árbol.

El coche de línea de Carboneras sale de Almería a las cinco y media de la tarde. El de Fernán Pérez me había dejado en el cruce de Níjar y San José y, durante cerca de una hora, permanecí al borde de la cuneta, aguardándolo. La tempestad se condensaba sobre los picos de la Sierra de Gata y paralelamente sentía dentro de mí una saciedad extrema —la conciencia de haber llegado al límite—, como una cuerda que se rompe por haberla estirado demasiado. Sentado en la linde del camino acechaba las nubes foscas. El cielo era como un océano embravecido y en el campo había uno de esos silencios expectantes que preceden a la explosión de la tormenta: bandadas de pájaros volaban a ras del suelo, el aire estaba embebido de luminosidad. Todo anunciaba la inminencia del estallido y, a medida que el tiempo transcurría, aumentaba también mi necesidad de desfogarme.

Revivía los incidentales de mis tres días de viaje y la idea de lo que no había visto todavía —o me había pasado inadvertido tal vez— me abrumaba. Había comenzado a bajar alegremente la pendiente y descubría de pronto que no tenía fin. Don Ambrosio, el viejo de las tunas, Sanlúcar, Argimiro, la lista podía alargarse aún. En cada pueblo encontraría gentes parecidas. Unos me hablarían alzando la voz y otros bajándola. Y el escenario siempre sería el mismo, y mi cólera y su desesperanza.

Cuando el autobús apareció en el horizonte, empezaba a llover. Me incorporé de la cuneta agitando los brazos y el chófer frenó y abrió la puertecilla.

—A Carboneras.

—Sí, señor.

—Suba.

Me acomodé en uno de los asientos de atrás y el coche arrancó de nuevo. Los viajeros me observaban con curiosidad. Eran diez o doce, y sus rostros me resultaban vagamente familiares, como vistos ya en otros autobuses de la provincia, camino de otros pueblos.

—Se ha salvao usté de milagro.

—¿Decía?

—¿No ve usté cómo llueve?

El turbión se desencadenaba con furia y lo contemplé a través de los vidrios salpicados de barro. El cielo era de color jalde, los pájaros habían desaparecido y el agua convertía la llanura en una inmensa charca crepitante.

—Fíjese de qué coló viene la lluvia...

—Al que le pille fuera le pone perdío.

—Es el polvo que hay. ¿Se da usté cuenta?

Yo continuaba con la nariz pegada a los cristales, temía llorar también y que mis lágrimas resbalaran por las mejillas,

sucias y polvorientas. El coche se detuvo a la entrada de Níjar. Dos días antes había recorrido el camino a pie con José y sus camaradas y me parecía que desde entonces habían transcurrido dos siglos. Miraba al puesto de los civiles, el surtidor de gasolina, las mieses acamadas por la tormenta, y tenía la impresión de haber soñado.

—¿Ve usted esa hoya? —señaló mi vecino—. Hace unos años el coche volcó allí al dá la vuelta y hubo un montón de muertos. Dicen que el conducto iba bebió.

El autobús avanzaba prudentemente y el paisaje se deslizaba triste y lívido, iluminado a trechos por el resplandor de los relámpagos. Entre Níjar y Carboneras hay varios kilómetros de tierras rojas, de las que se extrae la granatilla. Lavado y cribado, el mineral pasa a unos depósitos que de lejos recuerdan, a causa del color, esos campos de Murcia y Levante donde, en verano, ponen a secar los pimientos. El chófer había frenado para recoger al capataz de la mina y el viaje prosiguió, más irreal que nunca, a través de montañas lunares y grises, parameras y canchales.

—¡Los Arejos!

No se apeó nadie. El autobús parecía el Buque Fantasma; un Buque Fantasma que flotaba entre los picos de la sierra, prisionero del barro y de las nubes. La radio estaba encendida a toda potencia y emitía una extraña baraúnda de sonidos que cubrían —hasta ahogarla— un aria de ópera italiana. Transcurrieron varios minutos.

—Bueno. Ya llegamos.

En Almería, cuando se menciona Carboneras, la gente toca madera y se santigua. Supersticiosamente muchos evitan pronunciar el nombre y hablan del pueblo en perífrasis: «Ese puerto que queda entre Garrucha y Agua Amarga», «Ese sitio que no se puede decir» y otras frases por el estilo.

Como para mantener lo bien fundado de la leyenda, la estampa que ofrecía después del turbión se ajustaba

exactamente a la que la imaginación popular le atribuía. La mayoría de las casas estaban cerradas, los habitantes se escurrían por las calles como sombras y el mar embestía contra la playa, negro y enfurecido.

El autobús bordeó el cementerio y el monumento a los Caídos por Dios y por España. Una pareja de civiles rondaban con el mosquetón en bandolera. Vi a una mujer con bocio con un chiquillo panzudo y a un muchacho espigado que daba la mano a un ciego. Había cesado de llover y algunos viejos se asomaban a mirar a la puerta de las casucas.

El chófer se detuvo en la plaza, frente al Dispensario Antitracomatoso. Contorneando los muros del castillo, me acerqué a ver el mar. La playa estaba desierta y el viento azotaba el casco varado de las traíñas. La costa se alejaba en escorzo hacia los acantilados del faro de Mesaroldán y Playa de los Muertos. En dirección a Garrucha los farallones emergían festoneados de espuma. El pueblo parecía replegado sobre sí mismo, como un caracol dentro de su concha, y, al volver a la plaza, busqué una taberna y pedí un litro de vino.

—¿Jumilla?

—Sí, Jumilla.

En el lugar había sólo dos hombres de mediana edad, pequeños y como arrugados, y al oírme hablar con el patrón se habían acercado a mi mesa y se presentaron en seguida. El uno era aguador y el otro aperaba carros, y querían saber adónde iba y si tenía familia por allí y cuánto tiempo pensaba quedarme.

—El país es pobre, pero hermoso —decía el aperador.

—En España no hay el adelanto d'otras naciones, pero se vive mejó que en ningún sitio —decía el azacán.

—Los extranjeros, en cuanto puén, se vienen p'aquí.

—En Andalucía, con el sol y un poquico de ná, se las arregla usted y va tirando...

Hablaban monótonamente, como si salmodiaran una letanía, y yo tenía que hacer un esfuerzo para escuchar. Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era ser también feos; que la belleza nos servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la tentación de sentirnos tarjeta postal o pieza de museo.

—Por eso me gusta Almería. Porque no tiene Giralda ni Alhambra. Porque no intenta cubrirse con ropajes ni adornos. Porque es una tierra desnuda, verdadera...

Pero ellos seguían hablando de canto y toros, de sol y gachís, y agarré la botella de Jumilla. La tempestad había desfogado su cólera y yo seguía a cuestas con la mía, y el corazón me latía con fuerza y la sed me quemaba la garganta. Bebí un vaso y otro y otro y el dueño de la taberna me miraba y, al acercarse a servirme otra botella, me enjugué la cara y le dije:

—Es una gota de lluvia.

Toda la tarde estuve vagando por el pueblo sin saber adónde me llevaban los pasos. El cielo era de color gris, las calles parecían vacías y recuerdo que permanecí varias horas, sin moverme, acostado en la playa.

Unos niños rondaban alrededor mío a respetuosa distancia y, al levantarme, oí decir a uno:

—Parece que se le ha muerto alguno. Mi madre lo ha visto llorando.

— XI —

Treinta y seis horas después, lavado y afeitado como Dios manda, retiré el equipaje de la consigna y cogí el coche de Murcia. En el quiosco de la central de autobuses había comprado *El Yugo* y un ejemplar del *ABC* del domingo. El sol brillaba sobre la ciudad y el día prometía ser caluroso.

Mientras nos alejábamos del suburbio almeriense me entretenía hojeando las noticias: «La selección española de baloncesto logra su séptima victoria consecutiva sobre la de Portugal», «Primera Feria Regional de Actividades Leonesas», «Desplazamiento de la alpargata...».

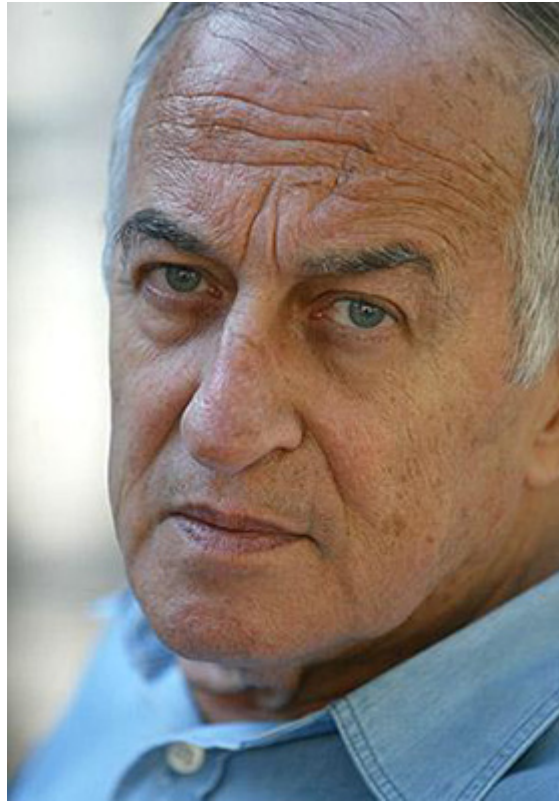
La víspera me había pasado el día durmiendo y me sentía de nuevo en forma y dispuesto a volver a las andadas. El universo razonable de los periódicos me serenaba y adormecía. Las fotos de la Reina de la Feria de Burgos y de la muchacha escultural, reclamo de Bañadores Jantzen, me recordaban oportunamente que la angustia es mal pasajero, que hay un orden secreto que rige las cosas y que el mundo pertenece y pertenecerá siempre a los optimistas.

Cuando me di cuenta, Tabernas había quedado atrás, y Sorbas y Puerto Lumbreras, y el coche avanzaba en tromba hacia Totana, entre una doble fila de árboles. Mi vecino me había pedido prestado *El Yugo* y comentaba:

—¿Ha visto usted?

—No.

—Parece que este año tendremos más aceitunas.



JUAN GOYTISOLO nació en Barcelona en 1931, en el seno de una familia de la burguesía de origen vasco-catalán. Su madre murió en un bombardeo en la guerra civil española y el padre se posicionó a favor del franquismo. Esta infancia difícil quizás influyó en el nacimiento de la vocación literaria en los tres hermanos varones; Juan, José Agustín y Luis, aunque cada uno de ellos eligió formas distintas y muy personales de creación.

En 1956 Juan se marchó a vivir a París, donde se casó con Monique Lange, a la que había conocido en la editorial Gallimard, de la que era asesor literario. Monique era un gran amiga de Jean Genet, el cual influirá notablemente en Juan Goytisolo.

A pesar de haber nacido en Barcelona, se ha considerado una especie de apátrida, tal como se define él mismo en sus novelas autobiográficas, aunque desde 1996 reside habitualmente en Marrakesh. En Coto vedado el escritor va alternando los pasajes de su biografía, por orden cronológico, desde un punto de vista de escritura tradicional, con largos

párrafos creativos, donde experimenta con nuevas formas expresivas. Juan Goytisolo es el escritor más camaleónico, interesante y comprometido con el mundo contemporáneo, de la España actual.

Juan Goytisolo forma parte del Parlamento Internacional de Escritores y es presidente del jurado de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO. En junio de 2001 fue nombrado miembro honorario de la Unión de Escritores de Marruecos (UEM) «en reconocimiento a sus posturas en favor de Marruecos y de su cultura».

En 2014 se le concedió el Premio Cervantes.

Murió en Marrakesh, Marruecos, donde había residido las últimas décadas, el 4 de junio de 2017.

Notas

[1] El clarete de Albuñol, en el límite de la provincia de Granada, constituye una excepción maravillosa. <<

[2] En su *Crónica de la provincia de Almería*, Enrique Santoyo denomina Escuyes, Eschillos o Mohamet-Arráez y habla del castillo de San Felipe, «inutilizado y sin fuegos» (Madrid, 1869). <<